

ANT  
XIX

1267/4

JUEGOS FLORALES

CELEBRADOS

POR LA

ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA

DEL

LICEO DE MÁLAGA,

el día 15 de Noviembre de 1873.

ACTA DE LA SESION,

DISCURSOS QUE EN LA MISMA SE MENCIONAN,

INFORME DEL JURADO CALIFICADOR

Y

POESÍAS PREMIADAS.

MALAGA.

Correo de Andalucia.

1874.



JUEGOS FLORALES.



# JUEGOS FLORALES



CELEBRADOS

POR LA

ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA

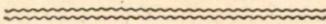
DEL

LICEO DE MÁLAGA,

el día 15 de Noviembre de 1873.

---

ACTA DE LA SESION,  
DISCURSOS QUE EN LA MISMA SE MENCIONAN,  
INFORME DEL JURADO CALIFICADOR  
Y  
POESÍAS PREMIADAS.



MÁLAGA.

Correo de Andalucía.

1874.



## ACTA DEL CERTÁMEN.

---

En la ciudad de Málaga, á 15 dias del mes de Noviembre del año 1873, se reunió la Academia de Ciencias y Literatura del Liceo de dicha ciudad, convocada por su digno presidente, para celebrar la adjudicacion de premios en los Juegos florales anunciados segun convocatoria publicada en su dia, y que á causa de los acontecimientos políticos no pudo verificarse en la festividad del Córpus.

Ocupaba el centro de la gran tribuna del salon de sesiones, la presidencia de Honor, compuesta de la Exema. Sra. D.<sup>a</sup> Rosalía Ruiz de Orozco, y de las bellas Srtas. de Alvarez de Linera (D.<sup>a</sup> Clara) de Bolin (D.<sup>a</sup> Cecilia) de Lopez Barzo (D.<sup>a</sup> Maria) de Nagel (D.<sup>a</sup> Luisa) de Postigo (D.<sup>a</sup> Concepcion) de Sanchez Huelin (D.<sup>a</sup> Ana) de Tejon (D.<sup>a</sup> Cármen) y de Ugarte-Barrientos (D.<sup>a</sup> Josefa) colocadas por órden alfabético de apellidos á izquierda y á derecha de la mesa.

Ocupaba el ala izquierda de la tribuna la mesa de la Junta Directiva de la Academia, representada por el Sr. D. José Piñon y Silva, presidente; el consiliario D. José M.<sup>a</sup> de Sancha y el secretario acci-

dental que suscribe; hallándose cubierto con un crespon negro el sillón del vice-presidente que fué, el malogrado D. Juan J. de Salas.

Á la izquierda de la mesa presidencial, se hallaba la del Jurado calificador, ocupada por los Sres. D. Manuel M.<sup>a</sup> Palomo, presidente, y los Sres. D. Rafael Lopez Dieguez y D. Juan Tejon y Rodriguez, no habiendo podido asistir los Sres. D. Joaquin Bugella y D. Antonio Fernandez del Castillo, cuyos cinco académicos componian el Jurado.

Hallábanse además en la tribuna, el Excmo. Sr. D. Manuel Orozco Boada, presidente del Liceo, los Sres. de la Junta Directiva de dicha corporacion D. Aurelio Abela Spiteri, vice-presidente, D. Manuel de Lara y Lüroth y D. Evaristo Rapela.

Procedió al comienzo del acto literario la sinfonía de *Zampa* dirigida por el Sr. D. Eugenio Zambelli, profesor de la seccion lírica del Liceo.

Á las nueve de la noche abrió la sesion el Sr. presidente de la Academia, á nombre de la presidencia de Honor y pronunció un discurso alusivo al solemne acto que tenia lugar, dedicando un sentido recuerdo á la memoria del Sr. de Salas. Este discurso fué interrumpido varias veces por la concurrencia con marcadísimas muestras de general aprobacion.

En seguida, y segun reglamento, el que suscribe dió cuenta de las producciones recibidas, lo que tuvo lugar en esta forma:

Señores:—dijo—han llegado á poder de esta Junta Directiva dos *odas* Á LA JUSTICIA, distinguidas por los siguientes lemas:

- 1.º «*La Justicia es el bien.*»
- 2.º «*Dé tu imperio fecundo  
En ventura sin par brille la era.*»

Cuatro *romances* á ROGER DE FLOR, cuyos lemas dicen así:

- 1.º «*Allá vá la nave.  
¿Quién sabe do vá?  
¡Ay triste el que fia  
del viento y la mar!*»  
(ESPRONCEDA.)

- 2.º «*Valiente eres, capitan,  
y cortés como valiente.*»  
(GÓNGORA.)

- 3.º «*Sublimar el heroísmo.*»
- 4.º «*¿Cuándo ha visto en sus páginas la historia,  
sea en la antigüedad, sea en la edad media,  
tantas acciones dignas de memoria?*»  
(BRETON DE LOS HERREROS.)

Cinco *cantos épicos* al HEROÍSMO DE ASTAPA, cuyos lemas son estos:

- 1.º «*¿Por qué de Roma tu ofuscada mente  
Hazañas busca en la remota historia?  
¿Para asombrar á la futura gente  
no basta, acaso, la española gloria?*»
- 2.º «. . . . . por tierra derribado  
yace el temido honor de la espantosa  
muralla, y lastimosa

*reliquia es solamente.»*

(RIOJA.)

- 3.º «*Dadme, pues, solo el bendecir su nombre  
Y en dulces himnos levantarle al cielo.»*

(QUINTANA.)

- 4.º «*Aun vive tu memoria y vive y late  
el corazon al recordar tu historia.  
Vencedora del mundo te levantas  
fecha de luto, mas al par de gloria.»*

(JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA )

- 5.º «*Solo Astapa á morir se apresta brava,  
por no gemir en lo futuro esclava.*

Fuera del plazo fijado para que pudiera entrar en concurso, se recibió tambien otro *canto épico* que tiene por lema estos versos:

*«Dejaron para egemplo de la historia,  
sobre sus tumbas su laurel de gloria.»*

(F. GONZALEZ )

Terminada esta esposicion, el Sr. Presidente del Jurado, con la venia de la Sra. Presidenta, leyó un discurso sobre el buen acierto de la Academia al elegir los asuntos del certámen, y manifestó que no habiendo en estas luchas de la inteligencia ni vencedores ni vencidos, si á unos cabia la satisfaccion de haber obtenido el lauro, á los otros quedaba la esperanza de obtenerlo, halagada mas y mas por el estímulo. La numerosísima y distinguida concurrencia aplaudió unánimemente las palabras del Sr. D. Manuel M.<sup>a</sup> Palomo.

Acto seguido el Sr. D. Juan Tejon leyó con voz

clara y oportuna entonacion, el dictámen del Jurado, circunscribiéndose reglamentariamente al objeto, y manifestó que se premiaba con el accésit la oda Á LA JUSTICIA cuyo lema dice:

«*De tu imperio fecundo*  
» *en ventura sin par brille la era.*»

y con una mencion honorífica á la que se distingue por esta sentencia: «La Justicia es el bien.» Entre los romances biográficos á ROGER DE FLOR, adjudicaba una de oro á la que llevaba por epígrafe esta frase del célebre poeta Góngora:

«*Valiente eres, capitan,*  
» *y cortés como valiente.*»

El accésit se destinaba á la composicion que empieza diciendo con Espronceda:

«*¡Allá vá la nave!*  
*¿quién sabe do vá?*  
*¡Ay triste el que fia*  
*del viento y la mar!*»

Entre los cantos épicos que celebran el heroismo de la gloriosa rival de Sagunto y de Numancia, el Jurado premiaba con la flor de oro el que dice por lema:

«*Solo Astapa á morir se apresta brava,*  
*por no gemir en lo futuro esclava.*»

y con el accésit al que copia los siguientes versos del Sr. Lamarque de Novoa:

«*Aun vive tu memoria; vive y late*  
*el corazon al recordar tu historia.*  
*Vencedora del mundo te levantas,*

*fecha de luto, mas al par de gloria.»*

Abiertos los respectivos pliegos de firmas por la Sra. Presidenta, resultó ser autor de la primera composicion el Sr. D. José Gimenez Plaza.

El de la segunda quedó ignorado, porque habiendo esta obtenido solamente mencion honorífica, no respondió su autor al llamamiento que en el acto le dirigió el Sr. Presidente, para que autorizase á abrir el sobre y leer su *oda* A LA JUSTICIA. De las bellas Srtas. D.<sup>a</sup> Josefa Ugarte-Barrientos y D.<sup>a</sup> Isabel Chaix Martinez, eran respectivamente los dos romances biográficos de Roger de Flor, y del citado Sr. Gimenez Plaza y de la Srta. Chaix Martinez las dos poesías que cantan el heroismo de Astapa.

El Sr. D. José Gimenez Plaza, prévia invitacion de la presidencia, subió á la tribuna y recibió su accésit, leyendo luego varias estrofas de su bien escrita oda. El Sr. Gimenez, vencedor ya en otras lides del talento, arrancó entónces nutridos y entusiastas aplausos. El Liceo premiaba así los esfuerzos del poeta.

Á seguida obtuvo la eglantina de oro la inspirada Srta. de Ugarte-Barrientos. El concurso oyó con viva satisfaccion y coronó de repetidos aplausos la obra de nuestra bella paisana, que su jóven autora leia con acento conmovido.

Dos Sres. Sócios, D. Evaristo Rapela y D. Manuel Madolell, dieron á conocer al Liceo las tiernas y sentidas poesias de la Srta. Chaix Martinez, hija

tambien de este suelo privilegiado, pero residente hoy en Sevilla.

El Sr. Gimenez Plaza recibió, por último, la caléndula de oro que premiaba su canto al «Heroismo de Astapa,» y dió á conocer alguna de las bellezas que encierra esta obra de su reconocido talento.

El infrascrito recibió luego los premios adjudicados á la Srta. Chaix Martinez para que le fuesen remitidos. Los anteriores habian sido sucesivamente entregados por mano de las señoritas presidentas á quienes en riguroso orden de colocacion los fué dando la señora de Orozco.

Acordóse enseguida la publicacion del acta de este certámen adicionada con los discursos pronunciados y leídos, más las producciones premiadas, así como la distinguida con mencion honorífica, si el autor se dá á conocer antes del plazo que se le fijará al efecto.

A las once de la noche se levantó la sesion, terminando este brillante acto con la obra musical á toda orquesta *Exposicion de Lóndres*, dirigida por el mencionado Sr. Zambelli.

Todo lo que, como secretario, certifico.

José C. Gruna.

V.º B.º

El Presidente de la Academia,

José Piñon y Silva.



# DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL

**Sr. D. José Piñon y Silva,**

PRESIDENTE DE LA ACADEMIA.

---

SEÑORES:

En este momento solemne me embargan los recuerdos. Ha poco mas de un año que celebramos los últimos Juegos Forales, y hoy ofrecemos otro certámen de la inteligencia, otra lucha de los sentimientos mas elevados del ser humano. ¡Oh! contribuir con esforzado ánimo al engrandecimiento de las letras españolas; encender en nuestros ingenios el fuego de la inspiracion; convocar al talento, para que, entre las miradas de la multitud y los aplausos del entusiasmo, reciba el laurel de su triunfo, es señalar mágicos derroteros á esa juventud dorada, es abrir al génio nuevos y dilatados horizontes, es ya, hoy merecer bien de la Pátria, y será mañana merecer bien de la historia.

La única nube de esta fiesta literaria es el negro crepon que cubre el sitio de la vicepresidencia; él nos

recuerda que el Sr. D. Juan José de Salas, que tan dignamente la ocupaba, nos ha dejado para siempre, y simboliza el dolor que ha sentido la Academia por tan irreparable pérdida.

Brota del corazón humano un delicado sentimiento, que es raudal copiosísimo de grandes hechos: la emulación. Nacido de uno de los instintos más vehementes del hombre, ninguno como él le agita, ninguno como él presta a la pasión sus alas, para subir hasta las altas regiones de la inmortalidad. Pues ese admirable aunque peligroso resorte es el que emplearon, con gran provecho de las ciencias, de las letras y de las artes, cuantas civilizaciones han alumbrado la tierra, desde los primeros albores de la historia. Grecia, Roma, la Edad Media y la Edad Moderna; el mundo de ayer como el mundo de hoy, todos han movido igualmente ese misterioso sentimiento.

Cada época, sin embargo, ha variado en los detalles.

No podía ser de otro modo. La civilización antigua dista gran trecho de la moderna: los resplandores para siempre apagados por los selváticos hijos del Norte, no son la apacible lumbre encendida por el cristianismo para dominar aquel horrendo caos. El procedimiento, pues, ha seguido las condiciones especiales de cada civilización.

Iluminarán perpétuamente la historia los vivos resplandores de la gloria helénica. Aquellas felices islas, mecidas, bajo el bello cielo del Ática, por las olas del mar Jonio, del de Creta y del Egeo, formaron la encantadora Grecia, cuna del arte, de la belleza y de la divina poesía. Todo en ella se ostentaba armónico y risueño. Allí ¡rara excepción! la filosofía no era un don celestial que los Dioses, entre nubes, hubieran hecho

descender del Olimpo; á la tradicion, á los libros sagrados preferian los hijos de Homero el atrevimiento de su doctrina y la sorprendente originalidad del génio ático. Sus risueñas ficciones, obra de los poetas antes que de los sacerdotes, representaban, no la fé, sino la poesía, ideal eterno de aquel pueblo de tantos ideales. Las formas plásticas del culto religioso marcaban toda la esbeltez, toda la morbidéz, toda la provocativa hermosura del Apolo de Belveder y de la Vénus de Milo. Allí se alzaba Atenas, la bella ciudad de Teseo, «cuya ciudadela, colocada sobre un elegante pedestal, levantaba hasta el cielo el templo de Minerva y los Propileos, mientras recostada muellemente á sus piés la risueña ciudad, dejaba ver, como una hermosa cortesana, sus deliciosos jardines, y las esbeltas y confusas columnas de otros mil monumentos.» Cantaba el ateniense al son de su lira los versos divinos de Homero; y reunido en el teatro el pueblo de Pericles y de Tucídides, aplaudia con frenesí las grandes tragedias de Eurípides, de Esquilo y de Sofocles. Los mármoles de Parós immortalizaban á Fidias, cuyo mágico cincel trazaba las formas deliciosas de Minerva Lemniana. Allí brillaba Pigmalion, locamente enamorado de la hermosa estátua de marfil, creada en sus sueños de artista. En aquel recinto de Dioses, de héroes y de poetas, cubierto por do quiera de gimnasios, templos, estátuas y bajos relieves, la muchedumbre, ora se agitaba, como mar embravecido, con los grandes oradores republicanos de Atenas, ya escuchaba silenciosa, en los jardines de la Academia, las sublimes lecciones de Platon, ó ya, en fin, reunida en la plaza pública, condenaba á perder el dulce cielo de la Pátria á Aristides *el justo*, mien-

tras la doncella ateniense, esbelta como la palmera de Delos, hermosa como la Vénus de Citeréa, envuelta en su blanca túnica, y ciñendo su corona de laurel, entraba en el templo de Homero, para cantar los versos de la Iliada, y el filósofo platónico pisaba, absorto en su pensar, los umbrales del templo levantado al Dios no conocido.

Pueblos de tan originales y poéticos instintos, dicho se está que vivían la tumultuosa vida de la plaza pública, y que sus pasiones habían de llevarlos á fiestas bulliciosas y á brillantes juegos. Así, entre las primeras, se contaban las Panatheneas, verdadera solemnidad nacional, que conmemoraba la reunion de los diversos pueblos del Ática, las Dionysias, Las Leneas, las Orgías y las Eleusinas, dedicadas á los Dioses.

Los juegos públicos eran tan brillantes y poéticos como la rica imaginación de los entusiastas hijos de Grecia. Ora jóvenes hermosos ostentaban su agilidad y su fuerza en la danza y en la lucha, recordando al pueblo entusiasmado las glorias de la edad homérica, ya los poetas, recitando inspirados las admirables odas de Píndaro, celebraban grandes fiestas literarias. Jamás pueblo alguno rindió á las musas culto mas idólatra: nunca recibió galardón mas cumplido el vencedor. Los célebres juegos Olímpicos, que recuerdan al ilustre vencedor de Salamina, y, tomaron su nombre de la ciudad de Olimpia; los Pyticos, que Delfos, admiraba; los Némeos, que nacieron en Némea; los Isthmicos, celebrados en el renombrado istmo de Corinto, desarrollaban admirablemente los inspirados acentos de aquella musa sencilla, tierna y sublime á la vez, que hoy, á través de los siglos y de las generaciones, conmueve aun,

como ninguna, las cuerdas de esa misteriosa lira que el hombre lleva dentro de sí, llamada corazon humano!!

Hubo, señores, un pueblo, que, desde su gigantesca tumba, llena la historia con la fama de sus feroces crímenes y de su gloria escelsa. Llámánle el Pueblo Rey. Conjunto admirable de todas las miserias y de todas las grandezas, su vida es una vasta epopeya: su origen se pierde misterioso entre las nubes de la fábula: su ruina es la catástrofe mas espantosa de cuantas asolaron la conmovida Europa. Roma, monárquica hasta que el suicidio de la débil y pundonorosa Lucrecia arrancó á Bruto el juramento que hizo rodar el trono de los Tarquinos: republicana y oprimida mas tarde por el decenviro Appio Claudio, hasta que el sacrificio de la angelical y desdichada Virginia salvó con su sangre su honor inmaculado, y devolvió al Pueblo Rey la *suspirada* aunque *engañosa* libertad: entregada, por último, al Imperio despues de la muerte de Marco Antonio y de la hecatombe de aquella rara hermosura, de aquella altiva y desesperada Cleopatra, que buscó la muerte sobre riquísimo tálamo de oro, envuelta en su púrpura de reina: el pueblo 'que, nacido en las blandas orillas del Tiber, llegó á tener por testigos de su inmenso poderío el caudaloso Rhin, el rápido Danubio, el babilónico Eufrates y los vastos desiertos del Africa: aquella civilizacion ruda y sencilla en su cuna, brillante y deslumbradora despues, pero plagada de los vicios mas abominables, no es ciertamente el gigante literario de la antigüedad. El guerrero vencedor quedó á su vez vencido por las gracias de la risueña esclava del Ática. Roma jamás podrá emular las imperecederas glorias literarias de Grecia;

bástela con haber sido su mejor y mas fiel imitadora. ¡Oh! ¡El hermoso génio de las artes podia, es verdad, tender sus doradas alas, ya sobre las graciosas columnas del Parthenon, ora sobre las soberbias cúpulas del Capitolio; pero la sublime inspiracion de Homero ha recabado de los siglos ese ardiente entusiasmo, esa admiracion profunda, universal, que jamás coronó el tierno poema de la hermosa cuanto desdichada reina de Cartago!!...

Juegos numerosísimos celebraba el pueblo de Numa, con fastuosa é increíble magnificencia; pero de carácter literario solo conocemos la fiesta *quinquatria*, que duraba cinco dias, consagrados á Minerva, donde lucian su ingenio los oradores y los poetas. Roma celebraba tambien unos juegos que llamó Florales, porque se tributaban á Flora. Constituian pasatiempos inocentes; mas tarde hubo, sin embargo, una miserable meretriz, una Laurencia, que dejando por torpe enseña su propia disolucion, profanó con obscenas liviandades las fiestas de la esposa de Céphiro.

A estos juegos, plantel de torpe lascivia, que merecieron llamarse fiestas de las cortesanas, asistió un dia el mas grave, el mas inflexible quizás de todos sus contemporáneos: el severo Caton. Por un resto del antiguo pudor, el pueblo vacilaba en entregarse á los desórdenes del espectáculo; pero advertido de ello el rígido censor, salió y abandonó luego aquel sitio de escándalo, entre los aplausos de la muchedumbre, que así premiaba la cobarde adulacion de sus vicios. ¡Ya lo veis, señores! Mesalina la hermosa y la impúdica, medio desnuda y brindando al placer en rica copa de oro, es yá, la matrona digna de aquel pueblo degenerado, que huérfano de sus

grandes ciudadanos, no despierta ni á los gritos de victoria de los bárbaros que profanan el Capitolio, embriagados en sus eternas saturnales!!

Tales fueron, señores, las condiciones literarias de la antigüedad bajo el punto de vista especial que he procurado desenvolver, aunque brevemente, para no abusar de la benevolencia con que escuchais mi pobre palabra.

El Parthenon con su belleza y el Capitolio con su gloria se hundieron para siempre; mas hubo despues un pueblo que intentó disipar las negras sombras de aquella noche caótica. Vencedores en Asia y en África, los árabes pasearon triunfantes en ambas regiones sus victoriosas médias lunas; é invadiendo luego á España, présto el turbante y el Corán se enseñorearon de la Península, despues de la sangrienta rota de Guadalete.

Tuvo entonces comienzo aquella lucha desigual y valerosa de la nacionalidad oprimida contra el árabe opresor, aquella sublime epopeya de siete siglos, cuyo último canto fué el ¡ay! tristísimo del Monarca agareno, que entre comprimidos sollozos y amargas lágrimas, cabalgaba alejándose de Granada, y tornando su oscurecida vista á la bella ciudad que miraba por última vez, para columbrarla despues, aun mas hermosa, solo á través de sus remordimientos, de sus sueños y de las ilusorias esperanzas de su corona.

Siete siglos duró la dominacion agarena en la Península. Tan largo espacio desarrolló una civilizacion rica en las artes, medrada en las letras y en las ciencias. Los fanáticos hijos del Corán, creyentes y materialistas á la vez, nos han legado las obras de sus sábios, los versos de sus poetas, inspirados por la vigorosa musa oriental, y, sobre todo, monumentos tan admirables como la

Alhambra de Granada y la Catedral de Córdoba. Bocetos acabadísimos son ambos del cuadro de su época.

¡Oh! es imposible visitar la Alhambra sin sentirse cautivado por la hermosa sultana. Sus verdes bosques, palacio encantado del ruisenior; sus frescas Alamedas, manto inmenso recamado de olorosas flores; las bóvedas de esmeralda cuyo término no alcanza la vista, cuya elevada techumbre apenas deja entrever el hermoso azul de los cielos, y atraviesan desmayados los ardorosos rayos del sol; el agua que, ora se precipita llena de blanca espuma, ora cristalina y sin murmullo, discurre por claros arroyuelos; el suave aroma de las flores en cuya hoja de nácar ó terciopelo resbala brillante el beso de la aurora; el ambiente embalsamado por las nacaradas rosas y los blancos jazmines: ¡hé ahí el delicioso oasis que conduce al palacio árabe!

Grandes estanques, poblados de dorados peces, dan frescura y vida á los verdes arrayanes: sobre pavimentos de hermoso mármol de Macael, blanco como la nieve de la sierra vecina, levántanse paredes de marfil, caladas cual piezas de finísimo encage, con medallones y arcos apuntados, franjas y labores pérsicas, arabescos y relieves: soberbios artesonados de maderas olorosas, dan techumbre á la encantada maravilla de las mil y una noches. ¡Allí se destacan graciosos grupos de columnas esbeltas como las palmeras del desierto: allí tazas y fuentes y juegos de agua pura y cristalina: allí primorosos dibujos y graciosas tarjetas, con inscripciones que atestiguan el carácter creyente de los hijos de Omar: allí ojivas ventanas: allí recuerdos y flores: allí regalados baños en dorados y misteriosos aposentos, que apenas alumbrados por ténue luz, seducen voluptuosamente los

sentidos, y brindan á la molicie y al amor. Tal es el palacio.

¡La Catedral de Córdoba; otra inestimable joya, otro recuerdo secular de aquella civilizacion. Templo y museo á la vez, en él se adora á Dios, en él se admira al arte: monumento de granito, es piedra miliaria de aquella poderosa raza musulmica, que, despues de haber vencido en Asia, en África y en Europa, cayó y pasó como todos los imperios de la tierra, para abrir mísera tumba á sus grandes infortunios, en los cálidos arenales del Africa!!

El pueblo que tan admirables huellas dejó, fué cabalmente el que tuvo la gloria de restaurar los combates literarios, hasta entonces sepultados entre las clásicas é inmensas ruinas del mundo antiguo. Corria el año 170 de la Ejira (1) cuando el sábio califa Harum-Errassid abria las academias de Córdoba, y celebraba certámenes poéticos, con fausto verdaderamente oriental. Un antiguo códice árabe detalla estas solemnidades; omítolas, señores, para no abusar sobrado de vuestra indulgencia. Baste decir que en ella resalta el profundo sentimiento religioso que estaba como encarnado en los hijos de Ismael, y que no eran las damas, sino el soberano mismo quien orlaba las sienes del poeta vencedor, colmándole ademas de régias y espléndidas mercedes. (2)

Córdoba, Granada y aun Toledo encontraron, andando los años, dignos imitadores en Francia y en Aragon; de aquí los Juegos Florales, la Gaya Ciencia y los Consistorios Poéticos.

Mucho antes, pues, que el amor y la poesía, en

---

(1) Véase la nota primera que sigue á este discurso.

(2) Véase la nota segunda.

bellísimo consorcio, celebraran su gracioso Parlamento en Aix, y lucieran su pintoresca Côte en Aviñon, ya, califas sabios habian conquistado para Córdoba el envidiable renombre de segunda Atenas, y enlazado con las flores de la risueña Bética, los preciados laureles de sus poetas y de sus artistas.

No hay, pues,—dígoles con español y patriótico entusiasmo,—que buscar allende los Pirineos el origen de los certámenes literarios. Los que, vencedores en Guadalete, atentan al lábaro sagrado, y «manchan la blanca toca» de la virgen castellana, detrás de las espesas celosías «del harem,» son los mismos que, merced á la eterna ley de las compensaciones, hacen reaparecer en nuestro suelo las brillantes y tranquilas luchas del génio.

Hay, sin embargo, que notar las diferencias. Cada civilizacion, como he dicho al comenzar, varía en los pormenores. En las antiguas democracias tocaba al pueblo adjudicar el premio: entre los árabes al soberano; en las Cortes de amor y en los Juegos Florales á las hermosuras de mas preclara estirpe.

En Grecia, la muger es el tipo del arte: una bella y delicada flor que no se debe marchitar. En Roma, la muger es, cuando más, la esposa llamada á dar robustos hijos al Estado. El árabe ama en los negros y rasgados ojos de su hermosa sultana á la voluptuosa esclava del serrallo; mas ante la muger, la Edad Média rinde la sangrienta y vencedora lanza. El amor llega á ser la inquebrantable fé del amante caballero, la galantería su culto mas rendido, la belleza el altar que ostenta, merced al cristianismo y sus elevadas creencias, la radiante é irresistible aureola del pudor y de la hermosura.

Ved ahí esplicadas las diferencias: ved ahí por qué en

las Córtes de Amor y en los Juegos Florales, bellísimos cuadros de la Edad Média, la presidencia tocaba, como hoy toca de derecho, á la hermosura.

Los Juegos Florales,—dije al celebrarse los del año último—vinieron á España en la segunda mitad de la centuria décimacuarta; así volvieron á cobijarse bajo su claro cielo las justas literarias, que, siglos atrás, habian convertido en una Atenas á la pátria de Séneca y de Averroes; si bien, merced á las románticas costumbres de la época, los antiguos certámenes poéticos de Córdoba y Granada habian venido á ser los Juegos Florales de Tolosa. Desde aquella época ganaron estos en nuestra pátria carta de ciudadanía; y aunque con intérvalos, han encendido la llama del génio en los dignos émulos de Lope de Vega, Herrera, Garcilaso y Calderon.

¡Ah, señores! Si Sócrates apura la amarga cicuta; Hernan Cortés sucumbe en la desgracia; Colon entre los pesados hierros de la ingratitud; Galileo en oscura prision, y el Gran Cervantes muere en la miseria; sobre estas horribles injusticias, ¡negras manchas de la historia! luce la brillante estela del génio. Eco sublime de célica armonía, destello divino que alumbrá la magestuosa marcha del espíritu humano, entre catástrofes y siglos, coronánle en Grecia los laureles de Homero y de Píndaro: á su espléndido fulgor, se inclina la orgullosa Roma; y Augusto y Mecenas enlazan sus claros nombres y asocian su gran siglo, á la gloria del melancólico cisne de Mántua, del dulce cantor de Dido. Pasan y se hundén las generaciones: á unos tiempos sucedén otros tiempos: la edad de hierro inclina también su altiva cerviz: contempla abismada la sombría creacion del Dante; y al grito que le arranca su delirante entusiasmo, coloca en

las sienes del tierno amante de Laura una corona de oro. La edad moderna recoge esa corona y orla con ella las inspiradas frentes del Tasso y de Quintana, mientras la inmarcesible aureola de la gloria cubre con sus radiantes resplandores las cenizas de Milton y la tumba de Chateaubriand.

He dicho.

## NOTAS.

---

(1) El año 170 de la Egira corresponde al 787 de la Era cristiana, los Juegos Forales de Tolosa nacieron en 1323; luego los españoles celebraron sus certámenes 536 años antes que los franceses.

(2) He aquí el ceremonial que señala el código citado.

«Designado por los sábios Cadies el que merecia el premio, se publicaba; y llamándole por su nombre, se le coronaba de flores y laurel por mano del Amir, Wacir ó persona mas condecorada que hubiese en la reunion. En seguida el Mustif hacia una plegaria á Alá, dándole gracias por el talento de que habia dotado á aquel creyente, si lo era, y si era infiel (pues en estos certámenes se admitia á los cristianos) suplicándole le hiciese conocer su error y le trajese á la verdadera ley. Hecho esto se hacia subir al vencedor coronado sobre un carro triunfal, y paseándole por las principales calles de la ciudad, se le conducia al alcázar del soberano, el que le premiaba con un rico turbante y una sortija ó anillo de plata que él mismo ponía en el dedo índice del vencedor. Saliendo del alcázar, se dirigia en triunfo á la Mezquita y quedando á la puerta el boato triunfal, entraba en ella el agraciado con los sábios jueces, y puesto de rodillas en tanto que el gran Mustif entonaba un reverente azala (oracion,) ofrecía á Alá todos sus honores como recibidos por su gran poder, poniendo la corona en el suelo en señal de humildad. Terminada esta ceremonia salia de la Mezquita; y poniéndose el turbante espresado, volvía á subir al carro que entonces estaba adornado de flores, si era poeta, y era conducido en triunfo á su casa y en la que le visitaban los sábios Muslines.

«Desde el Alminar se decia su nombre.»



# DISCURSO

DEL

Sr. D. Manuel M.<sup>a</sup> Palomo y Ruiz,

**Presidente del Jurado Calificador.**

---

SEÑORES:

Ocupando la presidencia del Jurado Calificador sin méritos ningunos de mi parte, y solo por la bondad de sus dignos miembros, me es forzoso dirigir á esta Academia y á este respetable concurso, algunas palabras, que han de ser desaliñadas y descoloridas despues de las elocuentísimas que acabamos de oír con tan extraordinaria complacencia; porque necesito decir, señores, cuánta es la satisfaccion de mi alma, cuánta la del Jurado Calificador, al ver repetirse en nuestro Liceo estos actos brillantes, liza abierta á la inteligencia y al génio de la juventud estudiosa, y necesito ensalzarla hoy más que otras veces, hoy que entre el clamoreo

incesante de las pasiones en torno nuestro rugientes y desencadenadas, y apesar del vertiginoso espíritu de la época en que vivimos, atenta por demás al medro material, y muy despreocupada de los puros y delicados goces morales, se abre paso al través de tan poderosas sollicitaciones, y desdeñándolas, se eleva á las puras regiones de lo espiritual, y acude á este palenque nobilísimo.

Saludo, pues, con efusion profunda á la Academia en este solemne momento, y saludo alborozado á esa juventud que acude presurosa á su llamamiento, lo mismo á la mas afortunada que va á recibir en seguida de manos de la hermosura el premio de sus méritos, que á la no agraciada, y que no por ello ha de considerarse vencida en esta lucha nobilísima en que todos quedan igualmente honrados, aun despues de una aparente derrota.

Consecuente la Academia de Ciencias y Literatura del Liceo, con sus ya antiguas tradiciones, dispuso para este año la celebracion del acostumbrado certámen que bajo la denominacion de Juegos Florales nos recuerda la cuna misma y remoto origen de una fiesta, cuya historia han trazado con elocuente voz en este mismo sitio y en ocasiones análogas á la presente, dignísimos representantes del saber y de la cultura que el Liceo atesora en su seno. Dispénsese me pues, la Academia que esta vez yo no vuelva sobre el mismo recuerdo histórico, en que solo á distancia muy larga y pobremente, me seria dado seguir las huellas de los

bellísimos discursos que en este lugar se han oído en años anteriores.

Pero al disponer el Liceo la celebracion de los Juegos Florales, eligió en Junta General de la Academia los temas de las composiciones que se exigian en adecuado metro, y séame permitido ahora discurrir breve espacio sobre la oportunidad de esos temas, el asunto esencialmente poético elegido, y la alteza que por muchos aspectos indudablemente entrañan.

Ha sido el primer asunto, una Oda en estrofas regulares á la Justicia, y con decirlo solo, y con tomar esta palabra en mis lábios, digo toda la magnitud poética del asunto, su importancia social, su magestad augusta, que tanto eco hallará en los sanos corazones aquí reunidos y atentos á mi indocta palabra. ¡Oh! y ¿cómo pudiera esta pobre palabra mia bosquejar siquiera la grandeza sublime de la virtud, de la emanacion del cielo llamada Justicia? Sacerdote de ella soy, aunque indigno, pues así se estimaban los jurisconsultos en el foro romano, pero confieso, señores, que profesando la ciencia del Derecho, cuyo objetivo es la realizacion de la Justicia, se ofusca mi entendimiento ante la deslumbradora diafanidad de su brillo, y me parece pálido y prosáico el mezquino discurso de los hombres que se aplique á narrar ó á describir en su fuente esta augusta manifestacion y atributo del Sér Infinito. Sin poder remontarnos á tal exelsitud, y tratando de la Justicia realizada en la Humanidad y por la

Humanidad estudiada y practicada del modo imperfecto, finito y limitado que puede hacerlo el sér contingente, difícil es todavía, muy difícil, porque es tocar en lo sublime y en las regiones de la pura abstraccion, dar la idea exacta, ó por decirlo así, la nocion pura, el concepto conspicuo, que lleva el Linage Humano impreso desde la cuna y gravado el corazon del Hombre, como destello de la Divinidad, ó imágen y semejanza suya. Porque la Justicia es uno de los Polos firmísimos del Mundo Moral, y ahondar en sus cimientos y desenvolver en esencia es tratar de la Justicia bajo este aspecto filosófico y abstracto, que solamente indico y someto en enunciacion á los señores oyentes. Como fundamento, y potente palanca de equilibrio, y piedra angular del Mundo Moral, es la Justicia, base firmísima á su vez del edificio social. Como base de la sociedad es fuente perenne de bienes materiales y dulces consuelos y armonías morales que aseguran la dicha de los hombres. Haced desapareced, si posible fuera, la Justicia de la faz de la tierra, y el mundo quedaria sumido en la noche de horribles negaciones, sometido al imperio brutal de la fuerza, y al desaparecer la Justicia habria desaparecido todo progreso y racionalidad humanos.

Nadie negará por consiguiente esta importancia que estoy demostrando del tema elegido con singular acierto por esta Academia en primer lugar para el certámen que hoy llega á feliz término y remate. Pero si de este asunto pasamos al segundo

tema propuesto, se hallará no menos oportunidad en evocar recuerdos de la época heroica en que tuvo su cuna la clara fama y envidiado renombre de esta Pátria querida, de esta España moderna, á quien la imparcial historia dedica páginas de oro.

Ofrecer premio á los mejores Romances que narren la Biografía de *Roger de Flor*, era abrir un horizonte anchísimo á la imaginacion y al estro de nuestros poetas, y una ocasion para cantar las dulces glorias de la Pátria, con la verdad histórica por norte en amoroso consorcio con las galas y vistosísimo y rico paramento en que el hermoso idioma de Cervantes abunda, por manos hábiles pulsado. Verá la Academia, y verá este respetable concurso, de qué manera tan satisfactoria el mundo de los literatos que toman parte en estos certámenes, ha acudido al llamamiento y correspondido á las esperanzas del Liceo. No podia ser de otra manera. Aparte de que los hechos del gran campeón aragonés son bien conocidos, y producen en todo lugar y tiempo las simpatías primero y la admiracion después de propios y de estraños, la bella figura del esforzado caballero, su valor nunca desmentido en los mas sangrientos y pavorosos lances de guerra, su talento organizador y benévolo que le aseguraba la adhesion sincera y profunda de sus aguerridísimas huestes, los tiernos y poéticos amores del héroe en tierra de Asia á que le llevara insaciable ambicion de gloria y de altas empresas, y sobre todo, señores, el fin trágico y lamentable

en temprana edad de aquella figura noble y simpática, fin que en la desesperacion de sus amigos motivó las tremendas escenas de la mas tremenda venganza catalana, todo ello es á mi parecer legendario, y poético, y heroico, y patético, y lírico, y caballeresco, propio en fin, señores, para que sin trabas corra en lucido vuelo el ingenio de nuestros vates.

Por último, señores, y en tercer lugar, el Liceo ofreció premios al mejor canto épico en que se tratara del heroismo de Astapa. Salpicada de episodios heroicos la historia Nacional, dignos cualquiera de ellos de la trompa de Homero, de Tasso, de Ercilla ó de Camoens, todos conocen y ensalzan la gloria proverbial de aquellos pueblos insignes que al sucumbir alcanzaron la mayor de las victorias sobre sus implacables enemigos, pero se ha guardado cierto ingrato silencio para con este rincon de Andalucia, la humilde aldea de Astapa que baña el Genil, de cuya épica grandeza al desaparecer de la vida, no hay ejemplo superior ni en las antiguas, ni en las modernas historias, y á este olvido injusto (que puede explicarse por la escaséz de noticias de los historiadores, no haciendo mencion del suceso mas que Tito Livio con su acostumbrada elegancia, y Appiano en términos concisos,) á este olvido acude con felicísima oportunidad la convocatoria de esta Academia, pidiendo á los poetas sus elevados cantos, sus bien pulsadas notas, que celebren ese heroismo, asombro de las generaciones. Y esto, Señores, con tanto mas interés, cuanto que nos inspira el espíritu de

amor á esta tierra Andaluza nuestra madre, cuyas glorias nos toca recordar para homenaje y ejemplo, tierra Andaluza de Astapa que toca próximamente los confines de nuestra Provincia.

Afines los Astapenses, aunque Iberos de origen, por su mezcla con los fenicios de Tiro y por alfabetos, idiomas y costumbres, afines, digo, de los Cartagineses que estaban posesionados á la sazón de la Bética y en lucha constante con las legiones de Roma, grandes estragos les causaban con sus continuas correrías interceptando convoyes y fatigando con pertinaces escaramuzas á los ejércitos de Publio y Cneo Scipion en aquellos ocho años memorables de sus empresas en España; y este ardor de Astapa chocando de frente con la altivéz y pujanza de las legiones del Pueblo Rey, determinaron que á la campaña inmediata reanudada el año 206 antes de la era cristiana, por el otro Scipion llamado el primer africano, hijo de Publio y célebre en la historia, los ojos de las huestes conquistadoras se fijasen con particular ahinco en destruir el pequeño rincón de Astapa, foco y germen de héroes. Crecidísima hueste, y poderosísima en medios de ataque, á las órdenes de Lucio Marcio, lugar teniente del jóven Scipion, dió vista al abierto lugarejo, desprovisto de muros y defensas, digo mal, fortísimamente murado y defendido por los hercúleos pechos y denodado espíritu de sus invencibles hijos. Allí, Señores, paréceme verlo, y el ánimo se cubre de pavor, y de asombro el corazón y la mente, allí, Señores, el ataque fué tremendo,

fiero, horrible; el choque pareció lucha de titanes. Los escasísimos moradores que solo se inspiraban en el santo amor de sus hogares, y en la nobleza y magestad de la llama del patriotismo, sin esperar ninguna clase de ventaja ni de recompensa, y movidos solo por el fuego de su altivéz y la santidad inmaculada de su independencia, aquel puñado de valentísimos campeones, digno cualquiera de ellos del saludo respetuoso de millares de generaciones, salieron á buscar al aborrecido Romano en sus trincheras y en sus tiendas, le hicieron horrible carnicería, á pesar de la inmensísima superioridad del número, y todos sucumbieron agobiados, materialmente aplastados, ahogados por la increíble muchedumbre de sus contrarios. Aun no parecia esto bastante, ni con esto se contentaron los bravos hijos de esta tierra del honor y de la indómita constancia, pues ¿cómo habian ellos de entregar sus niños, sus ancianos, sus mugeres, sus riquezas, sus albergues, al execrado vencedor? Cincuenta jóvenes que únicamente al efecto quedaron en la Plaza pública, *in foro*, cumplieron el horrendo encargo de arrojar los séres queridos y los objetos preciosos en ancha hoguera, dándose por último la muerte los unos á los otros, de modo que el conquistador no encontrase sino ensangrentados y humeantes despojos, al hollar con su planta usurpadora aquel sagrado recinto del heroismo. Soldados de Roma, respetad esas venerables cenizas, y haced justicia al incomparable valor de Astapa: no aumenteis con mas devastacion el estupendo estrago, que

á ello os invita la órden de Marcio vuestro general, admirado y absorto ante este espectáculo de grandeza. Pudo ser avasallada Astapa, materialmente envuelta en el inmenso torbellino del número, como la atrevida barca pescadora, ó el poderoso navio, por las aguas procelosas del Océano, pero no vencida. Los héroes mueren, que el morir es propio de esta perecedera naturaleza humana, pero el héroe muriendo queda victorioso en la alta empresa, y vive siempre en la memoria de la posteridad. ¡Oh poetas! acudid á relatarnos tanta sublime belleza, templad vuestras harpas de oro, y cantadnos las glorias de esa aldegüela inmortal! porque no es justo que duerman tan altos ejemplos y memorables hazañas el sueño del olvido, y porque es deber de hijos cariñosos encomiar los grandes hechos de sus esforzados padres. No otra cosa á mis ojos significa el llamamiento que hizo el Liceo al señalar este asunto como tema de una de las composiciones que habrian de premiarse en estos Juegos Florales.

Y cómo han correspondido á nuestras legítimas esperanzas los hijos de las musas, no necesito yo decirlo, debiendo leerse dentro de breves instantes la Memoria del Sr. Secretario del Jurado calificador, en que se dá cuenta puntual de las deliberaciones y de los motivos que han presidido á sus resoluciones. Ellas han sido maduras y detenidas, como nuestro deber exigia, y han sido tambien unánimes. De estas resoluciones todos los individuos del Jurado Calificador somos solidarios.

Cúmpleme, señores, para concluir, reiterar mis plácemes á esta Academia por la solemnidad é importancia de estos actos, y batir mis palmas, como lleno de gozo lo haré en union con este respetable concurso, en loor de los vates que van á recibir los premios merecidos.

He dicho.

# INFORME

**DEL JURADO CALIFICADOR,**

ESCRITO POR EL

**SR. D. JOAQUIN BUGELLA Y CESTINO,**

Secretario del mismo,

Y LEIDO POR EL

**Sr. D. JUAN TEJON Y RODRIGUEZ.**

---

SEÑORES:

Si árdua y difícil es siempre la mision del juzgador, mas grave, mas espinosa es todavia, cuanto es mas importante la contienda que ha de dirimir, cuando su sentencia ha de ser inapelable y cuando desconfia de sus propias fuerzas para dar cumplido término al trabajo que se le ha encomendado y que aceptó tal vez á su pesar. Ni los esfuerzos de una voluntad decidida, ni una constancia inquebrantable, ni el mejor deseo del acierto, son por desgracia garantía segura de la justicia del fallo. Justo es, pues, el temor con que emite su juicio el Jurado Calificador de este certámen, pudiendo solo apoyar la autoridad de sus

decisiones en los leales esfuerzos con que ha intentado desempeñar dignamente su difícil cometido

La Academia de ciencias y literatura del Liceo, continuando sus gloriosas tradiciones, abrió nuevo palenque á los nobles justadores de la inteligencia en los espacios ilimitados de la poesia: elevada y grandiosa lid donde reparte la belleza honra y prez al vencedor sin mengua ni dolor al vencido; donde el alma tiende á realizar una de sus mas dulces aspiraciones; donde los mas ocultos latidos del corazon encuentran ecos misteriosos y acordes en horizontes desconocidos; y donde el rayo de luz, el canto del ave, la ola del mar entonan en coro himnos de amor y de placeres que solo alcanza á comprender la mente inspirada del poeta. Sensible es, por cierto, que en esta liza literaria haya sido mas reducido que otras veces el número de campeones que han respondido al llamamiento de la Academia, habiendo sido quizá la causa de ello el breve término concedido para la presentacion de los trabajos y las especiales condiciones de la época actual. El Jurado, no obstante, se ha creído en el deber de tener siempre en cuenta el que le estaba impuesto de juzgar las producciones, segun su mérito absoluto y, si bien ha pensado que este precepto no podia tener tanto alcance que solo permitiera estimar digno de alguna distincion aquello que llegara al inabordable límite de la perfeccion absoluta, ó que siquiera rayara á la altura elevadísima de las escasas obras maestras del ingenio humano, universalmente reputadas como tipos y modelos del arte, ha procurado prescindir de toda consideracion de accidentales circunstancias, entendiendo que los trabajos cuyos autores hemos de conocer en breve, merecen las distinciones concedidas, no meramente en relacion con los

demás presentados, sino por sí propios y por las relevantes cualidades que los distinguen, sean los que fuesen los lunares que una severa crítica pueda notar en ellos. En algunos puntos el Jurado ha vacilado antes de formar su juicio, en otros solo ha llegado á este fin despues de un detenido exámen y de un razonado debate; y en todos ha lamentado no poder premiar, cual hubiera querido algunas de las bellezas que indudablemente existen en la mayor parte de las composiciones enviadas.

Tres fueron los temas que señaló la Academia en su convocatoria de primero de Marzo, todos tres en verso, abriendo ancho campo á la inspiracion y al talento, ya que la premura del tiempo no daba espacio bastante para fijar un punto científico de detenido estudio.

---

El primero de dichos puntos era una Oda á la *Justicia* escrita en estrofas regulares.

Acertada estuvo la Academia al fijar este tema, no solo en el asunto, sino en el género de la composicion. Con respecto al primero ofrecia una idea abstracta, atributo sublime del Eterno, grandiosa emanacion de él, en cuyo loor se pueden desplegar todas las galas de una rica imaginacion; y en cuanto al segundo, ó sea al género, tenian los escritores una inmensa coleccion de admirables modelos que imitar en los fastos inmortales de nuestra literatura pátria, ya la grandeza de Herrera, ya la dulzura de Rioja, la solemne fluidez de Fray Luis de Leon y de Lista, ó la correccion y energia de Melendez, Valdés y Quintana.

Dos composiciones solamente han osado disputar este prémio; una lleva por lema

De tu imperio fecundo  
en ventura sin par brille la era  
y la otra

La justicia es el bien.

Ambos trabajos son de reducidas dimensiones, especialmente el segundo, y aunque en ellos campean elevados conceptos y versificación flúida y sonora, el Jurado estima que á ninguno de ellos puede conceder el primer premio, porque encuentra imperfecciones en ambos que en su sentir no les hacen merecedores de tan señalada distincion. Sin embargo, la primera de dichas composiciones tiene una entonacion mas lírica y sostenida, hay mas cadencia en sus versos y algunas de sus estrofas son realmente muy bellas, como por el siguiente ejemplo puede verse:

Tiende tu raudó vuelo,  
huella del sol la esplendorosa frente,  
rasga el etéreo velo  
y prosternada en el dintel del cielo  
adora al Sér de tu existencia fuente.

En suma, esta produccion no se puede considerar como una obra cumplida, pero su autor revela condiciones de poeta, y el Jurado encuentra en ella méritos bastantes para adjudicarle el accésit.

La otra composicion que, aunque mas corta, se cine mas rigurosamente al tema propuesto, no merece sin embargo quedar en el olvido. Como justo estímulo á su autor, como merecida recompensa de su trabajo, el Jurado la estima digna de una mencion honorífica, cuya distincion desde luego le concede.

---

El segundo de los temas propuestos era un romance en que se narrara la biografía de Roger de Flor.

Si los hechos históricos á que vá íntimamente enlazada la vida de este héroe constituyen con justicia una de nuestras mas renombradas glorias nacionales, digna por lo tanto de ser cantada por los vates españoles, no es menos cierto que el metro exigido debe considerarse como esclusivo de nuestro pais, tradicional en él y destinado siempre á transmitir oralmente de unas en otras generaciones los hechos mas culminantes de nuestra historia ó las creaciones legendarias de nuestros antepasados. Basta recorrer las páginas imperecederas de nuestro Romancero general para ver en ellas, relatada á grandes rasgos con la sonoridad y galanura de nuestra rica habla castellana, la épica lucha de ocho siglos sostenida en nuestro suelo entre los guerreros de la Cruz y los sectarios del Coran. En la penúltima centuria de ese periodo un puñado de valientes, vasallos de la antigua corona de Aragon, creyendo estrecho á sus hazañas el territorio de su pátria, partieron á los confines del Oriente á defender contra los mismos agarenos el vacilante trono de los Emperadores de Bizancio. Caudillo de aquella legion fué el bravo Roger de Flor que tras una larga série de triunfos, llevó sus banderas victoriosas hasta las faldas del Tauro en las llanuras del Asia, llenando con su nombre el mundo entero para sucumbir despues, víctima de la ingratitud y la traicion, en medio de un espléndido festin preparado por la perfidia mas aleve.

La propia grandeza de este asunto, los episodios dramáticos que con él se relacionan y hasta el terrible desastre que constituye la última página de la vida de aquel héroe, hacian concebir fundadas esperanzas de que nume-

rosos vates justadores disputaran con inspirado acento, con plectro vivo y sonoro el nuevo lauro ofrecido.

No ha sido tan reñida la lid como el Jurado esperaba. Cuatro composiciones solas se han presentado, y dos de ellas no se consideran dignas de premio alguno: de las otras dos restantes el Jurado adjudica la flor de oro á la que lleva por epígrafe los siguientes versos de Góngora:

Valiente eres, capitán,  
y cortés como valiente.

En esta composicion resaltan verdad histórica, lenguaje castizo, entonacion lírica y vigorosa que, aunque no sostenida, revela el buen gusto de su autor y el estudio que ha hecho de nuestros antiguos modelos. Hay descripciones llenas de poesia, otras de fuego y de entusiasmo y, dibujando en cuadros sucesivos los hechos mas notables del héroe cuya vida narra, es el romance que mas rigurosamente se ajusta al tema propuesto. El Jurado, sin embargo pudiera señalar sensibles incorrecciones, hijas tal vez de la precipitacion con que se suelen escribir estos trabajos; hubiera deseado mas brillantéz de estilo y mas rapidéz en algunos periodos secundarios en que la narracion languidece; pero estas ligeras faltas, que á veces se notan en nuestros mejores vates, pasan desapercibidas entre las innumerables bellezas que contiene la composicion espresada.

El otro romance presentado al mismo asunto lleva por lema los conocidos versos de Espronceda

¡Allá vá la nave!  
¿quién sabe dó vá?  
¡Ay triste el que fia  
del viento y del mar!

Esta composicion es tambien notable por mas de un

concepto: abunda en pensamientos delicados; tiene una versificación correcta y sonora; una entonación quizá más lírica de lo que el asunto requiere; pero no puede en rigor considerarse como una biografía de Roger de Flor, que era el tema señalado. Por esta razón el Jurado, lamentando no poder conceder dos primeros premios, adjudica el accésit al referido romance.

---

Un canto épico en que se refiriese el heroísmo de Astapa era el tercero y último de los puntos que contenía la convocatoria de la Academia: asunto digno de ser cantado por los poetas españoles para avivar el recuerdo de una de nuestras glorias pasadas. Los nombres de Sagunto y de Numancia, prodigados con verdadera profusión, llegan con frecuencia á nuestro oído: los aprendemos cuando niños en los primeros pasos de nuestra vida literaria, y de tal modo impresionan nuestra mente el relato de sus hechos, que vive con nosotros sin borrarse nunca de ella. ¿Por qué no sucede lo mismo con el nombre de Astapa? ¿Es acaso menos brillante la aureola de gloria que lo circunda? ¿Basta la pesada clámide de los siglos para sofocar el fuego de aquella inmensa hoguera? Seguramente que no. El recuerdo de Astapa es inmortal; vive y vivirá en la historia de nuestra patria querida mientras los cálidos rayos del sol que nos alumbra bañen con su luz el recinto aun calcinado de tan ilustre pueblo.

Cinco composiciones se han presentado á disputar este premio, y entre todas ellas sobresale con notable ventaja la que lleva por lema los dos siguientes versos de una de sus estrofas.

Solo Astapa á morir se apresta brava  
por no gemir en lo futuro esclava.

Escrita esta poesia con verdadera inspiracion, con verificacion fácil y sonora, abunda en imágenes brillantes, en correctos y lindísimos periodos que la hacen merecedora del primer premio, ó sea de la flor de oro que el Jurado desde luego le adjudica. Siendo harto difícil la produccion de un buen canto épico con todas las condiciones rigurosas que este género exige, el Jurado cree de su deber, reconociendo los esfuerzos del autor de este trabajo, prescindir de algunos ligeros descuidos que en él se notan, en gracia de las muchas bellezas que contiene.

Sensible es que las cuatro composiciones restantes á este mismo asunto adolezcan de algunas faltas que empañan en cierto modo su mérito. Sin embargo, una de ellas, quizá la que mas se aparta de la verdad histórica, escrita en romance endecasílabo, tiene tan hermosos pensamientos, tanta galanura en su lenguaje, tanta fluidéz y armonia en sus bien medidos versos, que es justamente acreedora á alguna distincion. ¡Lástima que su autor, antes de desplegar las alas de su rica fantasia, no hubiese recordado las elegantes páginas de Tito Livio ó la concisa relacion de Appiano! Atendiendo, pues, solo á su belleza poética, el Jurado adjudica el accésit al canto que nos ocupa, que lleva por epigrafe los siguientes versos del conocido vate sevillano D. José Lamarque de Novoa:

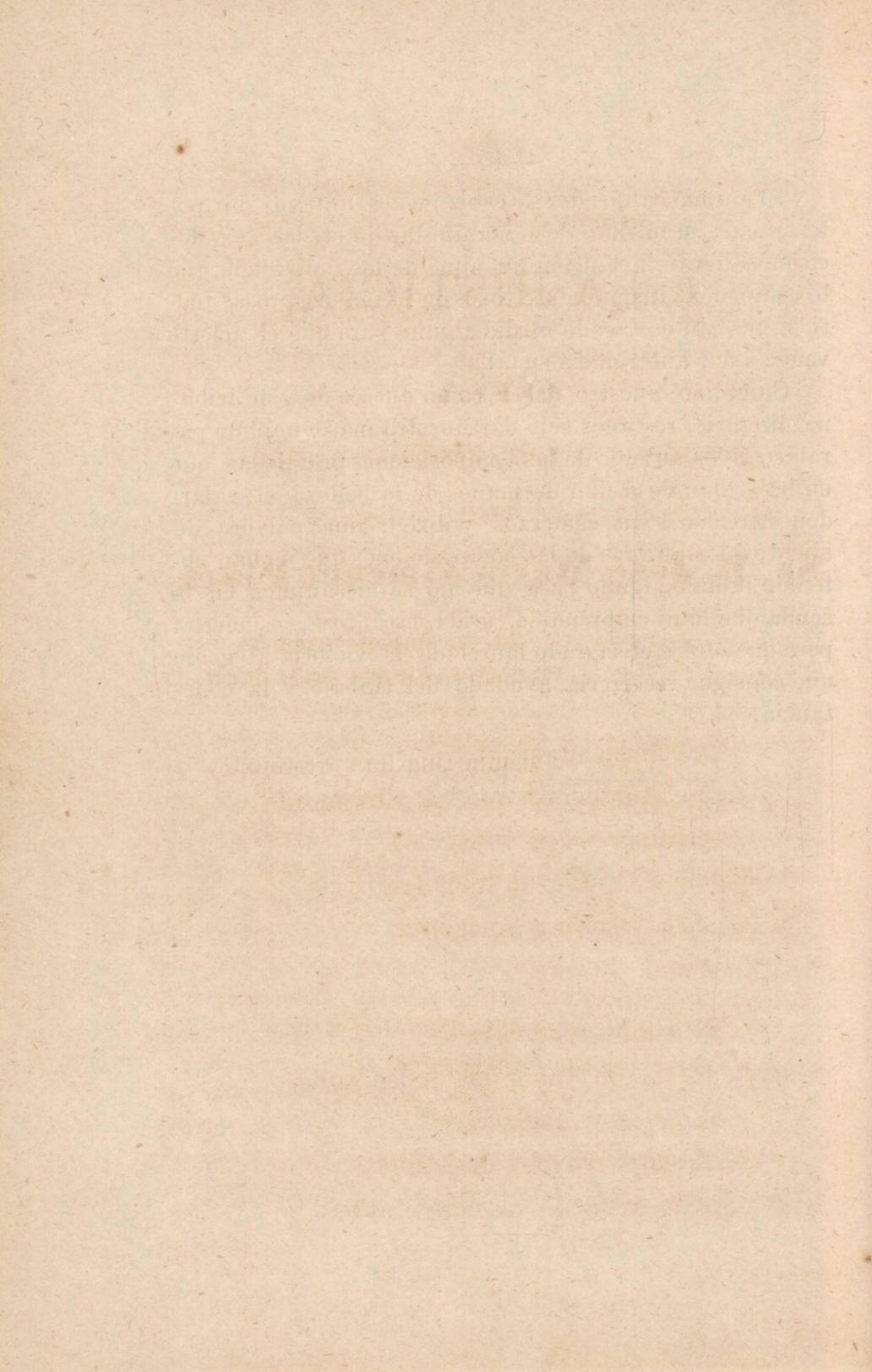
Aun vive tu memoria; vive y late  
el corazon al recordar tu historia:  
vencedora del mundo te levantas  
fecha de luto, mas al par de gloria.

---

El Jurado calificador de estos juegos, antes de dar por terminada su mision, debe manifestar que todas sus decisiones llevan la sancion unánime de los individuos que lo componen. Inspirándose todos en la mas rigurosa justicia, no han escaseado medio alguno para que el acierto venga á dar autoridad á su fallo.

Cumplido nuestro deber como Jueces de este tribunal literario, réstanos solo dar nuestro mas cumplido parabien á los autores de las composiciones premiadas, que en breve han de recibir de manos de la belleza el galardón merecido á sus esfuerzos y dirigir una palabra de aliento á los autores de las composiciones que no han obtenido premio alguno para que no se desanimen en la senda que han emprendido, árida, escabrosa, es cierto, pero que ofrece el sagrado laurel de la victoria al genio que consigue recorrerla, ayudado del trabajo y la constancia.

Joaquin Bugella y Cestino.



# Á LA JUSTICIA.

---

## ODA

premiada con el accésit, original

DEL

**Sr. D. José Maria Jimenez Plaza.**

De tu imperio fecundo  
en ventura sin par brille la era.

Del huracan bravio  
el soplo aterrador, que al alto monte  
estremece con brío,  
suspende el curso al turbulento rio  
y recorre veloz el horizonte.

El ronco mar airado  
cuyo hirviente vapor en ondas sube,  
al cóncavo azulado,  
y el flamígero rayo desatado  
del ancho seno de la densa nube.

Con horrendos silbidos,  
con rojos y siniestros resplandores  
y soberbios rugidos,  
grandes, sublimes, y de fuerza henchidos,  
te aclaman redoblando sus furores.

Por tí lanzando al viento  
los tristes ecos de sus ayes vanos,  
con mísero tormento  
de gozar del eden se viera exento  
el padre universal de los humanos.

Y donde altivo asoma  
el astro rey, con su fulgor creciente  
dorando la alta loma,  
su pecado espíó la infiel Sodoma  
en piélagos sin fin de lava ardiente.

Y envueltas en espanto  
las aguas del diluvio descendieron,  
sin escuchar el llanto  
de aquellos que en su ardor, con crimen tanto,  
á su Dios delirantes ofendieron.

Como en mar agitada,  
por hórrida tormenta combatida  
y sin brújula amada,  
la nave sin defensa y anegada  
el puerto bienhechor busca affligida.

Ó cual triste viagero  
que entre peñascos ásperos avanza  
sumido en dolor fiero,  
y de encontrar el salvador sendero  
en su cansancio pierde la esperanza;

El alma, sin tu pura  
radiante y dulce luz, nunca á ver llega  
la mágica ventura,  
viviendo envuelta en la tiniebla oscura  
del fatal egoismo que la ciega.

Tiende tu ráudo vuelo,  
huella del sol la esplendorosa frente,  
rasga el etéreo velo,  
y prosternada en el dintel del cielo  
adora al Ser de tu existencia fuente.

Sí, tu potente aliento  
viene de Aquel que el universo guía,  
del que dió con su acento  
á la flor su matiz, alas al viento,  
luz y esplendor al placentero día.

Roma, cuya opulencia  
el Tiber contempló ledo y ufano,  
y el empório de ciencia  
famosa Atenas, que legó en herencia  
su gran saber á su opresor tirano,

Ricos, marmóreos, bellos,  
cien magníficos templos te erigian,  
reflejándose en ellos  
del génio de las artes los destellos  
que al través de los siglos lucirian.

De tu mision sagrada  
¿quién el influjo colosal enfrena?  
¿quién de tu diestra armada  
puede arrancar la fulminante espada  
que á la torpe maldad de espanto llena?

No mas desoladora  
guerra cruel ostente sus horrores;  
vean lucir la aurora  
de tu mágia feliz y encantadora  
pueblos y reyes, siervos y señores.

No la maldad impía  
en su soberbio pedestal ufana  
impudente sonria,  
ostentando con bárbara osadía  
el falso brillo de su pompa vana.

Á tu soplo estinguida  
quede la luz de su insolente gloria;  
doble su frente erguida,  
y por tu rayo furibundo herida  
ruede en el polvo como vil escoria.

Tu bondad infinita  
del escabroso Gólgota en la cumbre  
con sangre quedó escrita;  
¡sangre de Aquel que en ansiedad bendita  
murió en la Cruz por rescatar tu lumbre!

De tu imperio fecundo  
en ventura sin par brille la era;  
llene tu luz el mundo;  
y en paz y en dicha y en amor profundo  
goce tu bien la humanidad entera.

# A LA JUSTICIA.

## ODA

DISTINGUIDA CON MENCIÓN HONORÍFICA,

ORIGINAL DEL

SR. D. BERNARDO MORENO Y AGÜERA. (\*)

Aspiración ardiente

Del noble corazón, que oprimido late

A impulsos del creciente

Sordo y furioso embate

Con que el vicio le mina y le combate.

Sol de encendida lumbre,

Fuente viva de amor y de consuelo,

Que brotas de la cumbre

Purísima del Cielo

Y vivificas el estéril suelo.

---

(\*) En el plazo señalado, se presentó este autor dando la vènia para abrir el correspondiente pliego de firma, y publicar su composicion.

Ambiente peregrino  
En esta vida de mortal quebranto:  
Espíritu divino  
A cuyo dulce encanto  
Se disipa el dolor y el triste llanto,

---

Flotas sobre el abismo  
De sórdido interés y de avaricia,  
Que forma el egoísmo  
Mísero, que nos vicia,  
Y es tu aliento inmortal ¡santa Justicia!

---

El misterioso arcano  
Penetras do el cruel ódio se encierra,  
Y secas el liviano  
Gérmen, que hace á la tierra  
Víctima de feroz sangrienta guerra.

---

Eres del desvalido  
Sosten y escudo en la desdicha fuerte,  
Levantas al caído,  
Por dura injusta suerte,  
Y salvas la inocencia de la muerte.

Corona inmarcesible  
Ciñes á la virtud y á la alta ciencia,  
Y castigas terrible  
Sin ódio ni clemencia  
El crimen, la maldad y la licencia.

---

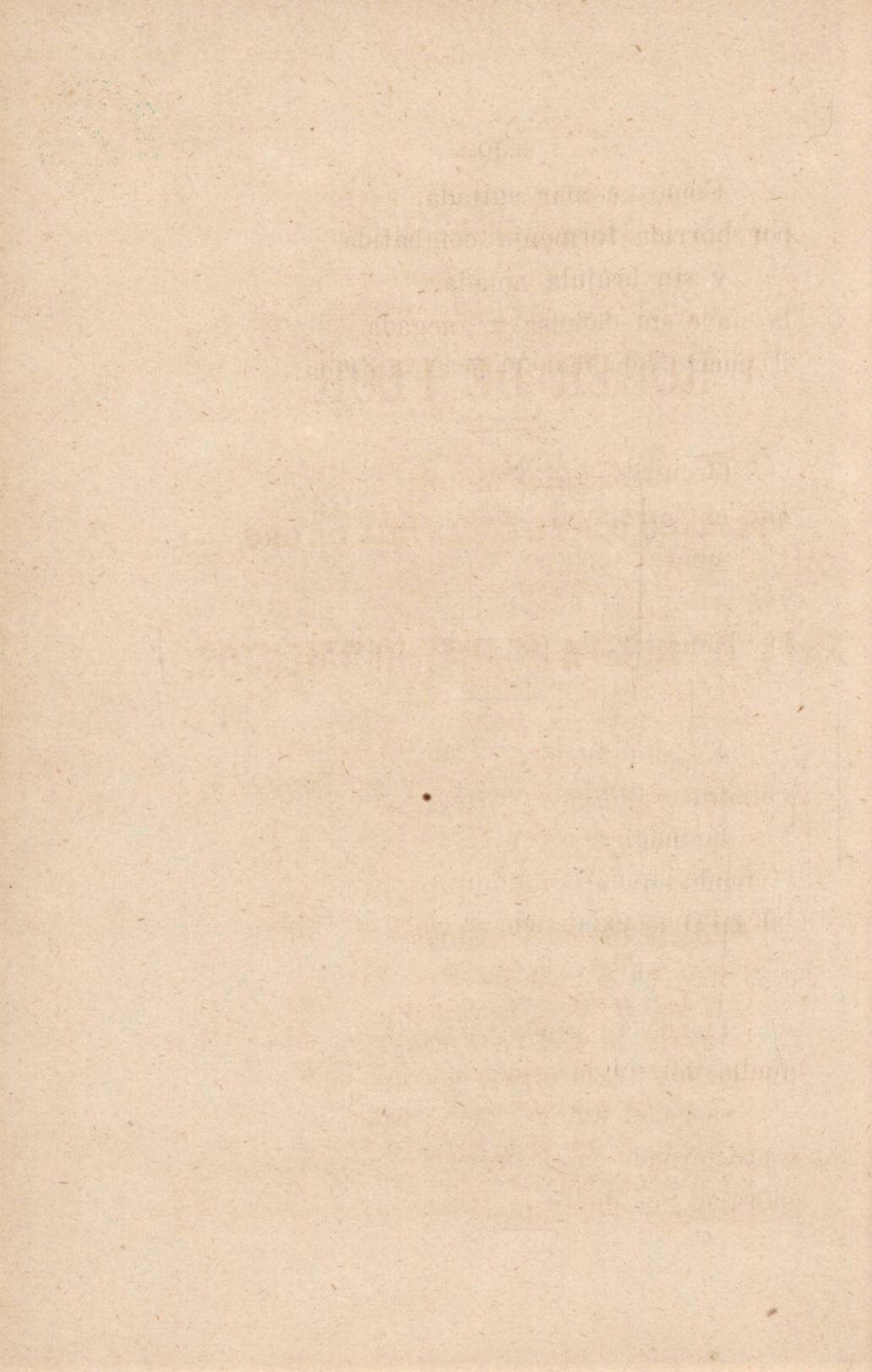
Tu reinado glorioso  
Es del derecho el triunfo, y asegura  
El imperio dichoso  
De la ley, prenda pura  
De bienestar, de paz y de ventura.

---

Por eso á tu luz crecen  
El órden, la abundancia y la alegría,  
Las virtudes florecen,  
Y transformas la humbria  
Noche de la existencia en claro día.

Málaga Mayo 28 de 1873.

«LA JUSTICIA ES EL BIEN.»





# ROGER DE FLOR.

---

Romance histórico,

**PREMIADO CON LA EGLANTINA DE ORO,**

ESCRITO POR LA

**SRTA. D.<sup>a</sup> JOSEFA UGARTE-BARRIENTOS.**

Valiente eres capitan;  
y cortés como valiente.  
GÓNGORA.

## I.

Sobre la hermosa Sicilia;  
Sobre esa isla encantada  
Que bellas flores perfuman;  
Que besa la mar en calma;  
Que el Etna alumbraba con fuego;  
Que el sol con sus rayos baña,  
Brillaba en el siglo trece  
La bandera catalana.  
Luengos dias asolaron

Sus campiñas guerras largas;  
Que por sacudir el yugo  
De Nápoles y de Francia,  
De el de Aragon valeroso  
Los auxilios imploraran.  
Midió allí, D. Pedro el Grande  
Con Cárlos de Anjou sus armas,  
Y ambos príncipes riñeron,  
Y á Nápoles venció España.  
D. Jaime, de Pedro hijo,  
Cedió la Sicilia al Papa;  
Pero los nobles se oponen;  
Pero el pueblo se levanta,  
Y al buen D. Fadrique hermano  
De Jaime, señor aclaman,  
Que defiende su corona  
Con la punta de su lanza.  
Y al fin la victoria obtiene,  
Y al fin reposan las armas,  
Y estiende la paz bendita  
Sobre Sicilia sus alas.  
Esto, le place al pechero  
Que vió sus mieses segadas;  
Esto, al mercader le place;  
Esto, le place á las damas;  
Mas á bravos infanzones,  
No les place que en la calma  
Mueran sus nobles caballos;  
Se corroan sus espadas;  
Y nuevos láuros anhelan

Allá en regiones estrañas,  
Donde victoriosas brillen  
Las insignias de su patria.

En un salon espacioso  
De rico y feudal alcazar,  
Algunos hidalgos véñse  
Que asuntos de guerra tratan.  
Unos gozan de la vida;  
La primavera dorada,  
De otros, el invierno anuncian  
Sus encanecidas barbas.  
Mas en el porte altanero;  
En las maneras osadas,  
Bien se percibe que todos  
Crecieron en las batallas.  
Uno resalta entre ellos  
Por su apostura gallarda;  
Por la altivéz de su frente;  
Por su gentil arrogancia.  
Casco sin plumas ostenta;  
Ciñe brillante coraza,  
Y sobre su manto luce,  
La cruz del temple sagrada.  
Él, en los mares temido;  
Él, grande por sus hazañas;  
Él, hijo de la victoria;  
Él, *Roger de Flor* se llama.

Todos escuchan atentos  
Al jóven que así les habla,  
Y renace el entusiasmo  
Al fuego de sus palabras.  
«Infanzones catalanes;  
De Aragon nobleza alta;  
¿Por qué, decidme, reposan  
Vuestras victoriosas lanzas?  
¿Qué, no hay por ventura infieles  
En cuyos pechos clavarlas?  
¿No hay que vencer enemigos?  
¿No hay campo do ganar fama?  
¿No hay medias lunas altivas  
Que ante la cruz se levantan?  
¿No hay muslines que la Europa  
Desde el Oriente amenazan?  
El débil imperio griego  
Solo, á contener no basta  
Esos Turcos orgullosos  
Que en su daño se levantan.  
Y ellos su Triunfo celebran;  
Y en las provincias del Asia,  
Los Templos de Dios hollando,  
Á los cristianos ultrajan.  
Caballeros ¿qué tardais?  
¿Por qué no empuñais las armas?  
¿Por qué no vestis valientes  
Vuestras cotas aceradas?  
Sí; sí; volemós señores;  
Probemos en otras playas,

Lo que puede y lo que vale,  
La nobleza catalana.»  
Un grito unánime, ardiente,  
Su última frase apagara:  
Un grito que el entusiasmo  
Á aquellos pechos arranca.  
«Partamos;» esclama un noble;  
«Guiadnos vos á la batalla:  
Guiadnos vos á la victoria  
De Aragon bajo las barras »  
«Sí: claman todos; guiadnos:»  
Y en la cruz de sus espadas,  
Seguir su bandera juran,  
Y partir tras él al Asia.

II.

Es Roger de Flor un noble  
En cuya altivéz demuestra,  
De su linage, lo ilustre;  
Lo osado de sus empresas.  
Era su padre Aleman,  
É ilustre por su nobleza;  
Y vió Roger cual su madre  
En *Brindis* la luz primera.  
Mala fortuna le cupo;  
Nublóse al nacer su estrella;  
Que apenas al mundo vino,  
Murió su padre en la guerra.  
Este, peleó cual bueno

Contra Anjou, que al fin venciera,  
Confiscando á sus contrarios  
sus féudos y sus haciendas.  
Bajo el cuidado materno  
Creció, pues, en la pobreza,  
Y á par que en años, crecía  
En aventajadas prendas.  
Ya en la juventud frisaba,  
Cuando del temple unas veas  
Llegaron; y al caballero  
Que en los mares las gobierna,  
Prendáronle de Roger  
El despejo y gentileza,  
Y con su gente llevóle  
Do sus hazañas comienzan:  
Allí del mar y los vientos  
Entre las rudas tormentas,  
Valor recibe su alma;  
Recibe su pecho fuerzas.  
Tanto se distingue el mozo  
En peligrosas refriegas,  
Que sus amigos le admiran;  
Sus contrarios le respetan;  
Y al fin en la sacra orden  
De los templarios penetra,  
Do el habito venerable  
Cual Sargento recibiera.  
Al sitiar á Ptolemaida  
Los sectarios del profeta,  
Él, con algunos cristianos

Salióse en una galera,  
Dirigiéndose atrevido,  
A las costas de Marsella.  
Calúmnianle los cruzados;  
El Maestre le condena,  
Mas bravo á la mar se lanza,  
Y á Fadrique se presenta  
Rey de Sicilia, que entonces  
En lucha larga y sangrienta  
Su vacilante corona  
Con las armas defendiera.  
El príncipe, de buen grado  
Admite sus cortas fuerzas;  
Que aunque era poca su gente  
Eran muchas sus proezas.  
Entonces terror y espanto  
En los enemigos siembra,  
Siendo defensor ilustre  
De la causa que sustenta.  
Nadie su arrojo resiste;  
Y al ver su pendon que ondea  
En el mástil mas altivo  
De una fusta aragonesa.  
Huyen ante él los contraríos  
Cual nubecillas ligeras  
Que fugaces se disipan  
Por el vendabal deshechas.  
Quedóse con Don Fadrique  
Cuando terminó la guerra,  
Donde ganó valeroso,

Nombre ilustre y gran riqueza,  
Y ese es el hombre que elije  
Para que en conquistas nuevas,  
A la victoria le lleve  
La catalana nobleza.

Partió presto una embajada  
Con que ofrecerse debiera  
A Andrónico, que de Oriente  
El vasto imperio gobierna.  
De este los Turcos audaces  
Recorriendo las Fronteras,  
Aprisionan sus vasallos  
Y se reparten sus tierras.  
Así con placer escucha  
De los de Aragon la oferta,  
Y generoso les hace  
En cambio grandes promesas;  
Tanto, que á Roger la insignia  
De *megaduque* ofreciera, (2)  
Alto y distinguido empleo  
Propio de la córte Griega;  
Y por mas honor le otorga  
La mano de una princesa,  
Por su discrecion notable;  
Notable por su belleza.  
Dan á Sicilia gozosos  
Los emisarios la vuelta,

Y en breve los catalanes  
A partir se dispusieran.  
Todo es movimiento y vida;  
Todo entusiasmo demuestra;  
Todos sus corazas ciñen;  
Todos combatir anhelan;  
Y de los grandes al mando  
Se alistan hombres de guerra,  
Y los nobles aperciben  
Sus caballos y galeras;  
Que muy pronto partir deben  
Para las playas de Grecia.

III.

Es una hermosa mañana;  
Se arrastra la mar tranquila  
Cual ancho espejo tendido  
A las plantas de Sicilia.  
Refleja en ella graciosa  
Sus montecillos la isla,  
Y por las olas besada  
Yace en sus brazos dormida,  
Como una concha de perlas;  
Como una planta marina;  
Como una esclava de Oriente  
Que su señor acaricia.  
El Sol, las aguas azules  
Dora con su lumbre viva;  
Inflan las velas del lino

De la mañana las brisas,  
Y las blancas gaviotas  
Sobre las ondas se agitan,  
Que suspirando serenas  
Van á estrellarse en la orilla.....  
¡Oh cuán mágica aparece  
Esa encantadora isla,  
Que *tierra del Sol* llamaron  
En las églogas antiguas....!  
Digérase que en sus algas  
Bajo la mar cristalina,  
Aun cantan con vago acento  
Las neréidas escondidas.....  
Digérase que en los valles  
Aun sus poetas suspiran,  
Digérase que sus dioses,  
Aquellos bosques habitan.

.....  
.....

Sobre el mar cual blancos cisnes  
Treinta y seis naves se veían,  
Próximas á dar al viento  
Sus anchas alas latinas.  
De Aragon y Cataluña  
Las nobles banderas brillan,  
Sobre los mástiles altos  
De las galeras altivas.  
Cascos y corazas lucen  
En ellas, del Sol heridas;  
Que parten quizás por siempre

Los valientes de Sicilia.  
Delante, la capitana  
Do la flota Roger guia,  
Zarpó largando sus velas  
Que las frescas auras rizan;  
Y los bageles le siguen,  
Y los guerreros suspiran  
Que sobre la playa dejan  
Hijos y esposas queridas.  
De ellos los separa el viento;  
Surcos señalan las quillas;  
Y por la inmensa llanura  
Lentamente se perdian.  
Ya se alejan... ya se alejan...  
Ya se ocultan á su vista. .  
Ya en el horizonte, solo  
Blancos puntos se divisan. .

Llegaron los catalanes  
A las costas Bizantinas;  
A la gran Constantinopla  
Hermosa, indolente y rica.  
Al divisar en su puerto  
Las blancas velas tendidas,  
Los recibe el pueblo ansioso,  
Con plácemes y con vivas.  
La nobleza los distingue;  
Los plebeyos les estiman;

Que sus esperanzas todos,  
A sus esfuerzos confían.

---

El Emperador anhela  
Que las bodas se aperciban  
De Roger el *Megaduque*,  
Con la princesa Maria.  
Del príncipe de los *Búlgaros*  
Es esta doncella hija;  
Tan ilustre por su sangre  
Cual de *Andrónico* sobrina  
Aun le sonrien alegres  
Los albores de la vida;  
Que quince abriles tan solo,  
Contaba la hermosa niña.  
Pero de su rostro griego  
Al ver las severas líneas,  
Una estatua se creyera  
De *Praxíteles*, ó *Fidias*.  
Solo que el Sol del Oriente  
Presta á sus negras pupilas,  
Los rayos fascinadores,  
Con que las almas cautiva.

---

Bajo las bóvedas altas  
De la gran Santa Sofia,

Unida hallábase toda  
La grandeza Bizantina.  
El órgano lanza al viento  
Sus célicas armonias;  
Nubes de incienso oloroso  
Se elevan; los cirios brillan;  
Y á los piés del Patriarca  
Roger de Flor y Maria,  
Nupcial bendicion reciben  
Ante el altar de rodillas.  
Hermosa está la princesa;  
Su larga túnica rica,  
Dá á su belleza realce  
Si aun más realizarse podia.  
Lleva con perlas y oro  
La cabellera prendida;  
En sus brazos y su cuello,  
Bellas joyas se divisan,  
Y su blanca y linda mano  
Entrega á Roger la niña,  
Mientras de carmin se cubren  
Sus seductoras mejillas.  
Éste, contempla gozoso  
La belleza peregrina;  
Y espuela dorada ostenta,  
Y blanca veste sencilla.  
Tras la princesa, su madre  
Y el emperador se miran,  
Y Miguel, de aqueste hijo,  
Con damas bellas y altivas,

Y señores y magnates,  
De la córte Bizantina.  
Tras Roger, á los guerreros  
De Aragon y de Sicilia,  
Que venturosos celebran  
De su Capitan la dicha.  
En un lado, lucen joyas  
Y sedas y pedreria:  
En otro luce el acero  
De corazas bien bruñidas.  
En uno, ricos brocados;  
En el otro, vestes lisas;  
En uno, brilla la pompa;  
En otro la fuerza brilla.

Grandes fiestas celebraron  
Esta union apetevida,  
Y en Constantinopla hubo  
Juegos, danzas y alegria.  
Y aunque un tumulto sangriento  
Turbó las bodas tranquilas,  
Roger de Flor á los suyos  
Con su poder apacigua,  
Arrancándose ligero  
De Bizancio á las delicias,  
Pues que las lides le llaman  
Y el Asia lo necesita.  
Su brava gente reune;

Y en la flota apercebida,  
Las costas griegas dejando,  
Al Asia su rumbo guia.

IV.

Triste, borrascosa, oscura,  
Es una noche; en el cielo  
Se agolpan y se confunden  
Grandes nubarrones negros.  
La blanca luz de la luna  
Por intervalos saliendo,  
Con sus pálidos fulgores,  
Alumbra del Asia el suelo.  
Algun relámpago errante  
Ilumina el firmamento,  
Y ya se cubre la tierra  
De goterones espesos.  
A la fosfórica lumbre  
Del rayo que hiende el viento,  
Bien distinguirse pudieran  
Caballos, armas, guerreros.  
La lluvia pesada cae;  
Retumba lejano el trueno;  
Y pisadas y relinchos,  
Interrumpen el silencio.  
¿Quiénes son aquestos hombres  
De fuerte malla cubiertos  
Que ni de la lluvia cuidan  
Ni del huracan violento?

¿Dónde caminan osados?  
¿Quiénes son? ¿á qué vinieron?  
En pos marchan de los Turcos;  
Son catalanes; son ellos.  
Son ellos sí; que en el Asia  
Apenas el pié pusieron,  
Buscan al infiel ansiosos,  
En su mismo campamento.  
Delante Roger cabalga  
Sobre su caballo obero,  
Y sus ginetes le siguen...  
Le siguen con paso lento.  
Su noble blason les guia  
A la par que el del imperio;  
Que es entre nobles blasones,  
El suyo de los primeros.  
Detrás los peones marchan;  
Y brillan al frente de ellos,  
De Aragon y de Sicilia  
Los estandartes escelsos  
Asi caminan audaces  
Por ignorados senderos,  
Y en tanto la lluvia crece,  
Y se aproximan los truenos.

---

Del alba la luz rosada  
Las negras nubes rompiendo;  
Dibuja en el horizonte

Sus esmaltados reflejos.  
Ya la tempestad se aleja  
Con los últimos luceros,  
Y el sol en el rojo Oriente,  
Alza su disco de fuego.  
Los campos su lumbre dora;  
Y los cristianos de lejos,  
Las tiendas ven de los Turcos  
Que aun gozan tranquilo sueño.  
Roger, su caballo pica,  
Gritando valiente: «á ellos.»  
Todos audaces se lanzan  
Sobre el infiel campamento;  
Y en él de repente caen  
Cual torbellino deshecho;  
Cual torrente desbordado;  
Cual nubló de rayos lleno.  
Y violentando los guardias  
Y las trincheras rompiendo,  
Sobre los turcos se arrojan  
Con invencible denuedo.  
«Al arma...» «al arma;» gritaron  
Los sorprendidos guerreros;  
«¡Al arma!..» responden todos:  
¡Al arma!.. repite el eco.  
Y á aquellos gritos de al arma  
Los Turcos aun mal despiertos,  
Sus fuertes lanzas empuñan;  
Tiran sus dardos ligeros;  
Y entre nubes de cristianos

Doquier hallándose envueltos,  
Hieren; matan; se defienden  
Con desesperado esfuerzo.  
Ellos, al profeta invocan;  
Gritan Santiago!.. los nuestros;  
Y ya cierran; ya combaten,  
Lanza á lanza... cuerpo á cuerpo.  
Todo es confusa algazara;  
Todo, mortandad y estruendo;  
Todo, desórden y sangre;  
Todo, gritos y lamentos.  
Aquí las madres, sus hijos  
Estrechan contra su seno;  
Allá corren los caballos;  
Aquí brillan los aceros;  
Allí los mozos se baten;  
Acá se baten los viejos;  
Allí se rompen las lanzas;  
Aquí se rompen los pechos;  
Hasta que al fin los infieles  
Huyen del campo lijeros,  
Y Roger sobre sus tiendas  
Clava su pendon soberbio.

---

De Turcos y Catalanes  
Tal fuera el primer encuentro  
Cerca del Cabo de Artacio  
Donde se fijaron estos.

Grande botin conquistóse:  
Y presentes de gran precio,  
Para Andrónico y Miguel,  
A Constatinopla fueron.  
Y á la Princesa Maria  
Lo mas rico y lo mas bello,  
Enviáronle cortesés  
De su esposo los guerreros.  
La nueva de esta victoria  
Sabe con placer el pueblo,  
Que á las galeras recibe  
Entre aplausos y festejos:  
Pero los nobles murmuran;  
Pues ven que los estrangeros  
Fuerzas poderosas tienen;  
Y son débiles los griegos.  
Miguel, de los Catalanes  
El presente recibiendo,  
Apenas ocultar puede  
Su cólera y su despecho.  
Que él, ha poco que en el Asia  
Con las fuerzas de su imperio,  
Nada consiguió del Turco,  
Renombre y fama perdiendo.  
Roger en tanto, las armas  
Depone al entrar mal tiempo;  
Y á *Cicico* vá su gente,  
Hasta pasar el invierno.  
Mas esta, recorre osada  
Valles, praderas y pueblos,

Grandes estragos causando  
A los infelices griegos,  
Y trabajando la tierra  
Con los desmanes y excesos  
De un ejército aunque amigo,  
Mal pagado y turbulento.

Roger, con cuatro galeras  
A Bizancio pasa luego,  
Para pedir en la córte,  
De sus soldados el sueldo.  
Andrónico le confía  
De Filadelfia el descerco,  
Y paga con larga mano,  
Sus fuertes aventureros.  
Pero Miguel ofendido,  
Se niega envidioso á verlo,  
Y él para el Asia se vuelve,  
En busca de lauros nuevos.  
¡Mas ay de aquel cuya gloria  
Envidia le inspira ó celos  
A un príncipe de alma baja  
Y de bajos pensamientos!  
¡Ay del que vive tranquilo  
Su estrella feliz creyendo,  
Mientras la envidia encapota  
De sus venturas el cielo!...  
Odios, los celos engendran;

Odios terribles; funestos....  
¡Ay del que infeliz enciende  
Ódio vil, en viles pechos!...

V.

Ya graciosa sonreía  
La primavera brillante,  
De bellas flores cubriendo  
Las colinas y los valles.  
Ya del invierno sañudo  
Pasaron los vendabales,  
Dando lugar á las brisas  
Perfumadas y suaves.  
Roger, todo lo apercibe;  
Que muy presto al campo sale,  
El cerco de Filadelfia  
Por levantar arrogante.  
Mas antes que á partir llegue,  
Trabaron pendencia grave  
Tras los muros de Cicico  
Alanos y Almugavares: (3)  
Faltáronle los primeros  
Al de Flor con su lenguaje,  
Y vengaron esta afrenta,  
Anchos arroyos de sangre.  
Sobre los tristes alanos  
Cargaron los Catalanes,  
Estrago terrible haciendo;  
Doquiera matando audaces:

Muchos perecen; y un mozo  
Cayó de quien era padre  
George, valiente caudillo  
Y de los mas principales;  
Que de rábia y ardor ciego  
Jura de Roger vengarse  
De su desgraciado hijo  
Sobre el sangriento cadáver.

—  
Cuando aquel triste tumulto  
Pudo al fin apaciguarse,  
Roger de Flor de Cicico  
Salió con sus Catalanes.  
Y ya para Filadelfia  
Llenos de esperanzas parten,  
Ceñidas lucientes cotas,  
Tendidos los estandartes.  
Lleva siete mil guerreros  
Entre ginetes é infantes,  
Y ante ellos los Turcos corren  
Y abandonan sus ciudades.  
Roger en algunas de ellas  
Castiga á los naturales,  
Porque al enemigo bando,  
Entregáronse cobardes;  
Y á Filadelfia se acercan  
Que sitia con fuerzas grandes  
*Caramano*, Turco insigne

Que la estrecha tiempo hace.  
Mas al contemplar de lejos  
Las españolas falanges,  
Levanta el cerco, y al campo  
A dar la batalla sale.  
Ya frente á frente se hallan;  
Y clarines y timbales,  
Con sus guerreros sonidos  
Bélico entusiasmo esparcen.  
Ya se acometen osados;  
Ya valerosos combaten;  
Que son los infieles muchos;  
Y mucho los nuestros valen.  
El génio de las victorias,  
Indeciso entre ambas partes  
Se mantiene largo tiempo  
Sobre las opuestas haces;  
Y cuando á cruzarse llegan  
Las lanzas con los alfanges;  
Cuando los nuestros envisten  
con invencible coraje,  
Sobre las cristianas filas  
Sus alas el génio bate,  
Y del profeta las lunas  
Ante nuestras barras caen.  
Y huyen los turcos vencidos;  
Huyen los mas arrogantes;  
Y huye el mismo *Caramano*,  
Sobre su caballo á escape.

---

Libre quedó Filadelfia  
Por los bravos Catalanes,  
Y su ventura gozosos  
Celebran sus habitantes.  
Do quier, altivos se elevan  
Esbeltos arcos triunfales,  
Y bella alfombra de flores  
Perfuma plazas y calles.  
Nobles; magistrados; pueblo,  
Tras su Obispo venerable  
A recibir reverentes  
A sus protectores salen.  
Y entre víctores y aplausos;  
Y entre músicas marciales,  
Por bajo los arcos cruza  
El ejército triunfante.  
Delante van los caballos, (4)  
Cubiertos de polvo y sangre,  
Y los despojos los siguen  
Y los Turcos estandartes.  
Detras, marchan los cautivos;  
Marchan detrás los infantes;  
Y en medio de estos cabalga  
Roger con sus capitanes.  
Doquier los vivas retumban;  
Doquiera las flores caen;  
Doquier resuenan los ecos  
De las trompas y atabales,  
Y se pierden dolorosos  
De los cautivos los ayes,

Entre los gritos y vivas;  
Entre las marchas triunfales

VI.

«Sabed que en triste momento,  
Sabed señor que en mal hora,  
Invadisteis nuestra tierra  
Con gente faláz y tosca.  
Mal hicimos en fiarle  
A estrangeros nuestra honra,  
Pues á los rudos latinos  
¿Qué los griegos les importan?  
Si ellos al Turco valientes  
De nuestras tierras arrojan.  
Tambien nos talan los campos;  
Tambien el oro nos toman.  
Y ese Roger atrevido,  
Ese caudillo que goza  
Tanta fama entre vosotros,  
Ufano con sus victorias,  
Valladar no reconoce,  
Ni hay dique que se le oponga,  
Ni ley ninguna respeta,  
Ni nadie su audacia estorba.  
Si son los turcos rendidos  
Por su espada vencedora,  
Tambien á griegos ilustres  
Castigar con ella osa.  
De Filadelfia el descercó

Celebra Constantinopla;  
Y con razon le celebra;  
Que accion ha sido gloriosa.  
Pero ya los catalanes  
Recorren su tierra toda,  
Pavor en ella sembrando  
Con sus demasías locas.  
Estraños al fin señores;  
Y por dios que en mala hora  
A las espadas latinas  
Confiamos nuestra honra.»  
Así á Andrónico y Miguel  
Y otras notables personas,  
*Nastógo*, gran duque dijo  
La faz iracunda y torva,  
Este, con Roger estuvo  
En el Asia, y de él ahora  
Se aparta ofendido viendo  
Que en ella cual dueño obra.  
Gozoso Miguel le escucha;  
Pues que su alma envidiosa,  
De Roger de Flor los triunfos  
Oscurecer ambiciona.  
Y mientras, él en el Asia  
Alcanza brillantes glorias,  
Mueven émulos y amigos,  
En palacio gran discordia.

—  
Allá del lejano Tauro

En las faldas escabrosas,  
La bandera Catalana  
Con la de Aragon tremola.  
Allí le aguardan los turcos;  
Pues ya sus infieles hordas  
Por todas partes vencidas,  
Sus provincias abandonan.  
Entrambos campos se encuentran;  
Entrambos al arma tocan;  
Acometiéndose bravos  
Con griteria espantosa.  
Un sol duró la batalla;  
Y las cruces vencedoras,  
Las medias lunas persiguen  
Aun de la noche en las sombras  
Mas dióse fin al alcance;  
Y cuando el alba de rosas  
Esmalta el oriente puro  
Y sobre las flores llora,  
Ven la llanura cubierta  
De cascos y lanzas rotas;  
Y las verdes yerbecillas,  
Con sangre de turcos rojas.  
Roger con los suyos parte  
Ceñida nueva aureola;  
Pero su gente atrevida  
Turbulenta y licenciosa,  
Mil desafueros comete  
Sobre las griegas colonias,  
Que de ellos con quejas piden

Venganza cumplida y pronta.  
Ya los griegos de Magnesia  
Se alzan de Roger en contra,  
Y degüellan sus guerreros  
Y sus tesoros les toman.  
Cerca la ciudad Roger;  
Mas la córte noticiosa,  
Con gran presteza le llama,  
Y él á Bizancio se torna.

Al propio tiempo que él llega,  
Arriba á Constantinopla  
De *Entenza* bajo el gobierno,  
Otra Siciliana flota.  
Andrónico les recibe  
A entrambos con grandes honras.  
Al de Entenza, las insignias  
De Megaduque le otorga;  
Y á Roger de Flor en cambio,  
César del Imperio nombra  
¡Mas ay!.. la griega nobleza  
Turbulenta ó temerosa,  
Murmura al ver que estrangeros  
Tan altos honores gozan.  
Y murmura porque cubren  
Estraños buques sus costas;  
Porque sus ciudades llena,  
Gente osada y orgullosa.

Miguel, de los Catalanés  
A su padre pone en contra,  
Y en contra de ellos se pone  
Tambien la grandeza toda;  
¡La grandeza! que á su pátria  
Noble defender no osa,  
Y que á los valientes teme,  
Cuando cobarde se postra.  
Del Emperador por órden  
A Galípoli se torna  
Roger, donde están los suyos  
Con la princesa su esposa.  
Las pagas que les debia  
Les manda faltas y pocas;  
Por lo cual los catalanes  
Nuevamente se trastornan.  
Y con el mayor desórden  
Sobre los griegos se arrojan.

—  
Los opresos naturales  
A los Sicilianos ódian;  
Miguel y Andrónico, temen;  
Y este al ver que nada logra,  
En féudo á los Españoles  
Las provincias de Asia otorga.  
¡Mas ay!.. de Roger la estrella  
Quizás á su ocaso toca;  
Pues ya de su dicha el cielo,

Cubrióse de espesas sombras  
Alzarse entonces los Turcos,  
Y del *Xio* la ista toman  
Sin que de Roger la gente  
Pueda impedir su victoria.  
Con esto, los naturales  
De nuevo á sus quejas tornan;  
Con esto tornan los nuestros  
A sus correrias locas.  
Andrónico temeroso,  
Manda que su gente toda  
Despida Roger quedando  
Con mil de sus lanzas solas.  
Y él, ver á Miguel desea  
Que en Andrinópolis mora;  
Pues sobre graves negocios  
Conferenciar les importa.  
Allí la traicion le aguarda;  
Traiciones ¡ay! . que él ignora:  
Allí le llama su estrella  
Allí su suerte azarosa.

VII.

De un alcázar opulento  
En la mas lujosa estancia  
Cuyos tapizados muros  
Escudos cubren y armas,  
De Roger de Flor, dos pages  
Las órdenes de pié aguardan,

Que él les dictára sentado  
Ante mesa blasonada.  
Son para partir sin duda;  
Pues que de aprestos de marcha,  
De caballos y de equipos,  
A los donceles hablara.  
Del salon en otro extremo,  
En ancho sitio se halla  
Entre abatida y llorosa  
Una hermosísima dama.  
En algo grave medita,  
Y mil ideas contrarias  
En su cerebro ofuscado,  
Confusamente batallan:  
Pues ya el fino pañizuelo  
Oprimen sus manos blancas,  
O ya absorta permanece,  
Y el llanto su rostro baña.  
Pero cuando los dos pages  
Abandonaron la estancia,  
Levantóse la señora;  
Hácia el señor se adelanta,  
Y entre los nobles esposos,  
Tal diálogo se entabla:  
—¿Partes Roger?

—Sí; Maria:

—No partas... Roger... no partas,»  
Dijo con amargo acento,  
La princesa desolada  
—¿Por qué lloras... amor mio?

—Porque me arredra tu marcha.  
—¡Desvarios de tu mente!  
—¡Presentimientos del alma!..  
—¿Y qué gimes porque parto  
A Andrianópolis mañana  
Donde del príncipe cerca  
Sérios negocios me llaman?  
¿No me has visto tantas veces  
Salir para las batallas?  
¿Por qué temes cuando ahora  
Ningun peligro amenaza?  
—Mas, ay! que infieles contrarios,  
Mas que flechas aceradas,  
Temo Roger de mi vida  
Las traidoras acechanzas.  
—¿Traicion dices? ¿pues qué cabe  
En los nobles de tu raza?  
Cabe la traicion acaso  
De un caballero en el alma?  
—¡Oh! Tú sabes que te envidia  
Esa turba cortesana,  
Que en los palacios de Grecia  
Aduladora se arrastra.  
Yo que he pasado entre ellos  
Mi juventud y mi infancia,  
Bien sus maldades conozco....  
No partas Roger; no partas!...»  
Esto diciendo, se arroja  
Del caballero á las plantas,  
Y él sonriendo responde,

Mientras amante la alza:  
—Ven á mis brazos, Maria:  
No llores; cuanto me amas!..  
Delirios solo; delirios  
De tu mente acalorada...  
—¿Y nada mis ruegos valen?  
—¡Oh!.. basta; señora;.. basta:  
Yo con mis deberes cumplo:  
Desecha locas fantasmas.  
Entre sus brazos la estrecha;  
Sale despues de la estancia,  
Y un ¡ay!.. del pecho lanzando,  
Cayó en el sitial la dama.

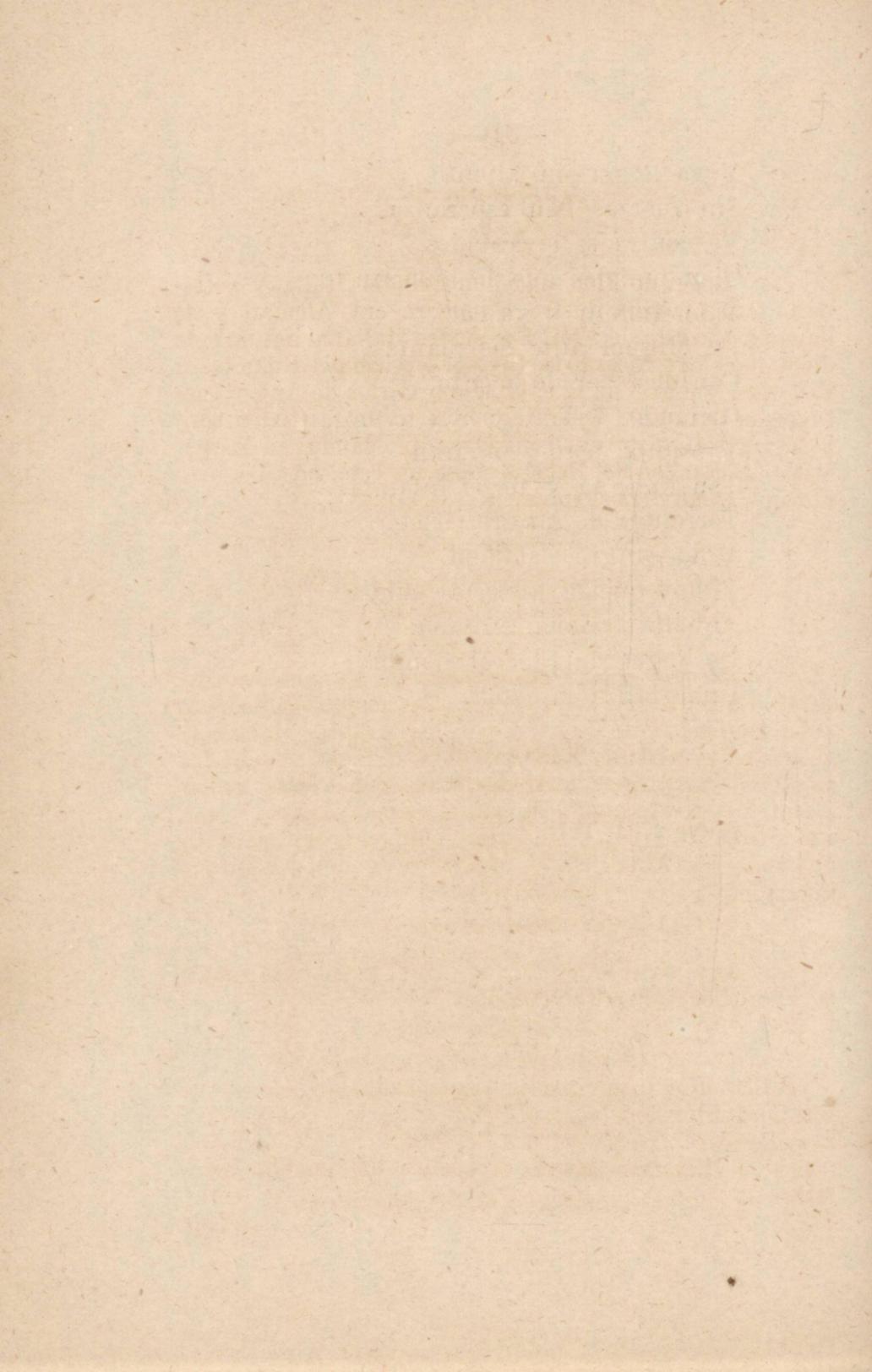
—  
Roger con algunos nobles  
A Andrianópolis llegara,  
Donde los sueldos exige  
De la gente de su armada.  
Miguel le recibe atento,  
Y con gran honor le trata:  
Aspid fatal, que entre flores  
Aleve y cruel se arrastra.  
Nada temores le inspira;  
Todo infunde confianza;  
Y del príncipe indulgente,  
Consigue cuanto reclama.

De suntuoso palacio  
En una anchurosa cuadra  
Al rededor de una mesa  
Do sirven ricas viandas,  
Donde los vinos mejores  
De Italia y Chipre se escancian,  
Están Miguel y su esposa,  
Con Roger que vuelve al Asia,  
Al cual por último obsequio,  
Régio banquete otorgaran.  
Roger gozoso y galante  
Brinda con la ilustre dama,  
y ya á sus lábios la copa  
De rico nectar llevaba,  
Cuando de pronto una puerta  
Se abre ruidosa á su espalda  
Y de Turcóples y Alanos,  
Vése la pieza inundada:  
Entre ellos viene *George*  
Aquel que un dia en el Asia,  
Juró de su muerto hijo,  
Tomar cumplida venganza.  
Todos á Roger rodean  
Empuñando sus espadas,  
Él, se defiende animoso;  
La Emperatriz, se desmaya;  
Y ruedan las anchas copas  
Para el festin preparadas,  
Ruedan las flores brillantes;  
Ruedan las ricas viandas;

Y ya Roger sin aliento,  
Sin fuerzas; sin esperanzas,  
Vé contra sí levantados  
Cien puñales que le amagan  
Y le hieren; y ya cae  
De Miguel ante las plantas,  
Con desesperado acento,  
Gritando: «¡Traicion...» «venganza..!»  
Y espiró; pero vengaron  
Tan indigna y torpe infamia,  
Torrentes de sangre Griega,  
Y de sangre Catalana.  
Y hoy que la historia maldice  
Aquella traicion villana,  
De Roger de Flor el nombre,  
Inmortaliza la fama.

FIN.

Mayo 27 de 1873.



## NOTAS.

---

(1) Roger de Flor nació en Brindis (Italia) y pertenecía á una familia ilustre. Su padre era Aleman y se llamaba Ricardo de Flor. Su madre italiana natural de dicho pueblo.—Ricardo estuvo al servicio del Emperador Federico, y murió en la batalla que Cárlos de Anjou sostuvo con Coradino: Vencido y muerto éste, Cárlos confiscó los bienes de sus contrarios, quedando en la pobreza la familia de Roger.—Despues este, buscó é hizo fortuna, como dice el romance.

---

(2) *Megaduque*. Cargo equivalente á general del mar.

---

(3) *Almogávares*. Descendientes de los pueblos bárbaros del Norte que se retiraron á las montañas despues de la ocupacion de España por los Arabes. Hacian la guerra en su pátria cuando la habia, ó fuera, donde los pagaban. Sus armas y trajes eran sumamente rudos, distinguiéndose por su destreza en arrojar el arco, y por sus terribles fuerzas.—Posteriormente en la milicia antigua eran los Almogávares una tropa de merodeadores ó guerrilleros.

---

(4) Este es el órden en que segun la historia, entró en Fidalelfia el ejército vencedor.

---

Hallándose íntimamente relacionada la biografia de Roger de Flor con las expediciones de los Catalanos y Aragoneses á Grecia y Asia, el autor ha creido indispensable describir algunos episodios de aquellas contiendas.



## ROGER DE FLOR.

---

¡Allá vá la nave!  
¿Quién sabe dó vá?  
Ay triste el que fia  
del viento y la mar!  
(ESPRONCEDA.)

### I.

Entre arreboles de oro  
y nacarados celages,  
vertiendo luz y alegría  
el sol en Oriente nace.  
De sus dorados reflejos  
viste el azul de los mares,  
y dá entre lluvias de perlas  
laberintos de granates.  
Vienen á la blanca arena  
con mil murmullos suaves,  
verdes olas coronadas  
con diademas de brillantes.  
Enamoradas la besan  
y en espuma se deshacen,

vergonzosas de haber sido  
con la tierra tan amantes.  
Cruzan el espacio inmenso  
blancas, marítimas aves,  
rozando apenas sus plumas  
los transparentes cristales.  
Y tan blancas como ellas  
se mecen lejos las naves,  
de una flota catalana  
que de Sicilia se parte.  
Mal hallados sus guerreros  
con las ajustadas paces,  
van á buscar enemigos  
cruzando remotos mares.  
Sus victoriosas banderas  
flotan á impulsos del aire,  
y mil canciones alegres  
á tierra las brisas traen.  
¿Dónde van? ¿quién acaudilla  
hasta cuatro mil infantes  
y á mas quinientos ginetes  
que ya de batallas saben?  
¿Quién es el gefe temido  
de los fuertes Catalanes,  
Aragoneses bizarros  
y bravos Almogavares?  
Es Roger de Flor: su nombre  
victorioso en cien combates,  
el triunfo les asegura  
rápido como brillante.

Alma de temple sublime,  
entusiasta, impresionable,  
si con defectos de hombre  
con ilusiones de angel;  
En Brindis, pequeña villa  
que entre bosques de rosales,  
es rica perla engastada  
en la corona de Nápoles,  
Nació Roger y el destino  
quiso que á la par lograrse,  
con la hermosura del alma  
la belleza del semblante.  
Diestro en las sangrientas lides  
como en campañas navales,  
á Grecia marcha llamado  
por angustiosos mensajes.  
Grecia, la altiva matrona,  
orgullo de otras edades,  
tan gloriosa bajo el cetro  
del Rey Alejandro el Grande.  
La que señora del mundo  
doquiera marchó triunfante  
y á dictar leyes al orbe  
lanzó sus guerreras naves;  
Bajo el yugo envilecido  
de un Emperador cobarde  
que así de lides supiera  
como ponderar sus males;  
Se ve de turcos altivos  
amagada por Levante;

empobrecida, doliente,  
y espuesta á rudos azares.  
Sus encantadas riberas,  
sus deliciosas ciudades,  
como páramos desiertos  
en triste silencio yacen.  
Los acentos de la fama  
que con lauros inmortales,  
de Roger de Flor el nombre  
por el mundo entero esparcen;  
Hicieron que el abatido  
emperador intentase,  
la triste suerte de Grecia  
á su valor confiarle.  
Altivo, jóven, guerrero,  
en la lid infatigable,  
como jamás al que ruega  
cerró el corazon amante;  
A Grecia marcha llevando  
sus valientes capitanes,  
que de noble afan la llama  
en sus corazones arde.  
Entre ellos el bravo Arenas,  
Ferran Aonés, Almirante;  
Corbaront de Arlet, Marulli,  
Entenza bizarro y grave.  
Rocafor, de Cataluña  
antorcha de luz radiante,  
y mas temibles que todos  
los tercios Almogavares.

Guerreros de las montañas  
sedientos siempre de sangre,  
revueltas las cabelleras  
y hechos de pieles sus trajes,  
Cuando los desnudos brazos  
alzan y en las peñas baten,  
sus armas, dando de guerra  
el ronco grito salvaje.  
¡Desperta, despertá ferrol!  
retumba en montes y valles  
y el corazón más valiente  
tal vez palpita cobarde.  
Para despedir la flota  
Mesina riega sus calles  
con las más preciosas flores  
que en frescos pensiles nacen.  
Acude el pueblo siguiendo  
los guerreros estandartes,  
y con vítores saluda  
á los bravos capitanes.  
¡Cuántos suspiros de fuego,  
cuántas miradas amantes,  
se cruzan en el espacio  
ó se pierden en los mares!  
Cual bando de gaviotas  
ligeras al fin las naves  
sus blancas velas estienden  
y aladas surcan los mares.  
Allá ván, tras el destino  
que imperioso las atrae

dando al viento alegremente  
sus guerreros estandartes.  
Mientras el pueblo suspira  
tornándose á sus hogares  
y votos eleva al cielo  
para que vuelvan triunfantes!

II.

Como vergel encantado  
del amor y las delicias,  
Grecia, á los ojos ardientes  
de los españoles brilla.  
Cual perezosa sultana  
de leves gasas vestida  
que baña sus piés desnudos  
en espumas cristalinas:  
En arroyuelos que tienen  
de plata y cristal sus linfas,  
las ciudades que se bañan  
como en espejos se miran.  
Verdes cestillos de flores  
por hermosas elegidas,  
son en los fértiles prados  
las aromadas colinas:  
¡Bien sabe el turco enemigo  
el tesoro que codicia,  
por eso con ciego arrojo  
á la lid se precipita!  
La llegada de la flota

colma al pueblo de alegría  
y Andrónico ya seguro  
se juzga en su régia silla.  
Vitores, flores y galas,  
en Grecia, como en Mesina,  
á Roger de Flor rodean,  
en confusion espresiva.  
¡Mas que estraño, cuando en alas  
de su bélica osadia,  
cual libertador del pueblo  
las playas de Grecia pisa!  
Cándida flor junto al trono  
de Andrónico está Maria,  
tímida y bella princesa  
del Emperador sobrina.  
No hay luz que mas clara irradie  
que la luz de sus pupilas,  
ni azucena mas nevada  
que su frente alabastrina.  
Largas pestañas sombrean  
las rosas de sus mejillas  
y son corales sus labios  
do vaga dulce sonrisa.  
Tesoro de mil bondades  
y de virtudes divinas,  
para Roger es la esposa  
por Andrónico elegida.  
¿Quién mejor que el noble gefe  
para esposo de Maria?  
¿qué más prenda de alianza

que la bella y dulce niña?  
Aplaude el pueblo el enlace  
con frenética alegría,  
y apenas llegado á Grecia  
los desposorios se firman.  
¡Dicha es vivir entre flores  
sin herirse con espinas!  
¡nunca está mejor la yedra  
que al olmo robusto unida!  
Apenas dichoso dueño  
de la inocente Maria,  
goza Roger con delirio  
su pasión correspondida;  
Los turcos la lid provocan  
lentos de rabiosa ira  
y Roger de Flor acude  
con sus tropas escogidas.  
¡Cuántas lágrimas derrama  
en su soledad esquiva  
la desdichada princesa  
amante como aflijida!  
Apenas rayó la aurora  
de sus anheladas dichas,  
trocóse por negra noche  
y por tormenta sombría.  
Mensageras de sus males  
son las perfumadas brisas,  
con ellas sus tiernos besos  
al noble Roger envía.  
Mientras él desde Cirico

dó sus contrarios avista,  
una victoria señala  
al concluir cada día.  
Huyen los turcos y vuelven  
á la fiera acometida,  
y los bravos españoles  
de nuevo los desafían.  
En Natolia, en Monte Tauro,  
en Fidaelfia y en Frigia,  
las victorias acompañan  
á las españolas filas.  
Roger de Flor entre todos  
cual ástro radiante brilla,  
y su espada vencedora  
lauros y lauros conquista.  
Valeroso en el combate  
jamás el peligro esquiva  
generoso en la victoria  
perdon al contrario brinda.  
Mas ay! que mientras se afana  
en luchar con la Turquía,  
tendiendo lazos traidores  
sigue sus pasos la envidia.  
Las dignidades que goza,  
la belleza de Maria,  
el terror que por doquiera  
su preclaro nombre inspira;  
Enemigos le producen  
que en torno suyo se agitan  
y por mil alevos medios

para su daño conspiran.  
¡Desdichado el que no teme  
azares para su vida,  
y nunca juzga traidora  
la mano que le acaricia!  
¡Y mas infeliz la jóven  
y tierna esposa aflijida  
que de su amor pide nuevas  
á las aves y á las brisas!

III.

¡Cuán equivocado es siempre  
el cálculo de los hombres,  
cuando juzgan lo que pasa  
en agenos corazones!  
¡Cómo la lealtad á veces  
es máscara de traidores  
mas temibles porque fingen  
los sentimientos mas nobles!  
Cuanto mas alza la fama  
de Roger de Flor el nombre  
mas su pérdida procuran  
los que su bien desconocen.  
Vencidos gimen los turcos  
y para ofrecer honores,  
Miguel, de Andrónico hijo  
llama á Roger á su córte.  
Breves horas de ventura  
como los sueños veloces,

pasa al lado de Maria  
el angel de sus amores.  
Mas al despedirse de ella  
para marchar á Andrinópolis,  
¿quién pintará el desconsuelo  
de la enamorada jóven?  
Ciñe sus amantes brazos  
como cadena de flores,  
al cuello del tierno esposo  
y con lastimeras voces;  
Mezcla suspiros y besos  
á sus tormentos sin nombre,  
hijos de su amor ardiente  
y á la par de sus temores.  
Mas ¡ay! que Roger al cabo  
el amante lazo rompe  
y á la córte se encamina  
y á su desventura corre.

.....  
Tañ antiguas como el mundo  
son antiguas las traiciones  
y siempre víctimas hacen  
porque no escarmienta el hombre.  
Suspica y receloso  
para sentimientos nobles;  
¿dónde tiene la esperiencia  
cuando tratan con traidores?  
Levantando con orgullo  
sus victoriosos pendones,  
Roger á la córte llega

nido de eternos rencores.  
Fiestas, placer, son los días,  
fiestas y placer las noches;  
todos al noble caudillo  
dan plácemes y loores.  
Adormecido en sus triunfos  
y risueñas ilusiones  
no hay pesares que su alma  
con su recuerdo emponzoñen;  
Y de Miguel Paleologo  
amigo sincero y dócil  
nada teme ni recela  
en la mentirosa córte.

.....  
En un salon espacioso,  
todo adornos y colores  
y tapices y guirnaldas,  
que forman largos festones.  
Dulces músicas el aire  
pueblan de vagos acordes  
y pebeteros de oro  
exhalan nubes de olores.  
Miguel un festin preside,  
el mejor que diera entonces  
y en jarros de rica plata  
los vinos de Chipre corren.  
Las risas y los murmullos  
por todas partes se oyen,  
chocan los vasos y copas,  
cantan enanos bufones,

Y en revuelto torbellino  
de luz, de aromas y flores  
se suceden los placeres  
y se inventan nuevos goces.  
¿Mas porqué están desarmados  
los valientes campeones?  
¿Qué se hicieron de las cotas  
defensa de pechos nobles?  
Solo ropillas de seda  
de mil costosas labores,  
y bandas de argenteria  
que en lazos y vueltas dobles  
muestran en letras de oro  
las cifras de sus amores,  
cubren los valientes pechos  
de los alevosos golpes.  
Mientras en el régio alcázar  
pasan las horas veloces,  
á los brindis de la orgia  
el ronco trueno responde.  
Relámpagos azufrados  
como fátuos resplandores,  
rasgan del opaco cielo  
los enlutados crespones.  
A sus hogares las turbas  
llenas de temor se acojen  
y muda y desierta queda  
la populosa Andrinópolis.  
Solamente del palacio  
se escuchan en los salones,

las músicas y los brindis  
las carcajadas y voces.

.....  
Tempestuosa y sombría  
va ya mediando la noche;  
¿qué extraño será que el tedio  
al noble Roger devore?  
Sus amorosos suspiros,  
sus risueñas ilusiones,  
solo viven en Maria;  
¡cuánto anhela verla entonces!  
¿Qué valen para Roger  
las amorosas canciones,  
cuando la voz de su esposa  
es un poema de amores?  
Miguel su tristeza mira  
con sentimientos innobles,  
y el ódio vil se retrata  
en sus groseras facciones.  
Cuando súbito una seña  
hace y con violentos golpes  
cierran puertas y ventanas  
los infames servidores.  
Sorprendidos, no aterrados  
los valientes españoles,  
en vano defensa buscan  
soberbios como leones.  
Las armas brillan en manos  
de los verdugos traidores  
y aunque desarmados luchan



bien luchan los campeones.  
Roger, súbito se alza  
entre el sanguinario choque  
como acorralada fiera  
por los diestros ojeadores.  
Ni desarmado se abate,  
ni herido se sobrecoje,  
con tal denuedo pelea  
que dá mas gloria á su nombre.  
¡Inútil esfuerzo! ¡inútil!  
como el árbol que en el bosque  
troncha el rayo, cae sin vida  
el desventurado jóven!  
¡Y cuando el postrer aliento  
lanza entre agudós dolores,  
es de Maria evocando  
el dulce y querido nombre!!

.....  
.....  
¡Noche de luto y de llanto,  
horrible y sangrienta noche,  
siempre tu negro recuerdo  
pesará en los corazones!  
¡Y tú Roger cuya gloria  
en fúlgidos arreboles,  
vive, mientras desaparecen  
tronos y generaciones!  
Para que dure en las almas  
de todos los españoles,  
no es menester que se escriba

sobre mármoles ni bronce.  
De Aragon y Cataluña  
los indomables pendones,  
son testigos de tus hechos  
y nuestras glorias mejores.  
¡Paz en la extranjera tumba  
donde tus restos se esconden!  
Paz á tus amigos fieles,  
y eterno lauro á sus nombres!!

Sevilla y Junio 1873.

# ASTAPA.

---

## CANTO ÉPICO,

PREMIADO CON LA CALÉNDULA DE ORO,

ESCRITO POR

**EL SR. D. JOSÉ MARIA JIMENEZ PLAZA.**

Solo Astapa á morir se apresta brava  
por no gemir en lo futuro esclava.

---

Cante mi voz la prodigiosa hazaña  
que en oscuro rincón guarda la historia,  
honor insigne de la altiva España  
que vivirá del mundo en la memoria;  
no de los siglos la funesta saña  
podrá extinguir su refulgente gloria,  
que de Astapa el laurel es el trasunto  
del láuro eterno que ganó Sagunto. (1)

---

Génio inmortal á cuyo ardor se inflama  
en los rudos combates el guerrero,  
ven y en mi pecho tu calor derrama  
hoy que cantar con entusiasmo quiero:  
dame la pura misteriosa llama  
que ardió en la mente del sublime Homero,  
y ensalzaré con eco sonoro  
de la heróica ciudad el fin honroso.

Bella ciudad que se ostentó risueña  
del sereno Genil cabe la orilla,  
cerca del monte que en su falda enseña  
con el nombre de Estepa rica villa:  
ciudad invicta que mi mente sueña  
verla ufana vivir y sin mancilla,  
cuando amarrarla con furor insano  
á su carro triunfal quiso el romano.

---

En sus ruinas do perdidas vagan  
las sombras de sus héroes misteriosas,  
los grandes corazones se embriagan  
al recordar hazañas portentosas;  
chispas fugaces que al lucir se apagan  
son las altas proezas mas grandiosas,  
ante esos restos do radiante y pura  
la gloria de la Bética fulgura.

---

De la Bética, sí, rica en vergeles,  
donde arroyos de linfas bulliciosas  
fecundizan los lirios y claveles  
que embalsaman las auras vagarosas;  
donde nacen alígeros corceles  
de fuerza y gallardia prodigiosas,  
y sestean rebaños numerosos  
debajo de sus árboles frondosos.

¡Encantada region! límpido cielo  
cobija su magnífica hermosura,  
y nunca vela rigoroso hielo  
de sus fértiles campos la verdura;  
alzan allí las aves en su vuelo  
música grata de sin par dulzura,  
y céfiro gentil juega entre flores  
que son emblemas de placer y amores.

---

Yo que en sus prados de verdor cubiertos  
ví deslizarse mi feliz infancia,  
y respiré de sus amenos huertos  
la deliciosa sin igual fragancia;  
y escuché de sus aves los conciertos,  
y de su mar la eterna resonancia,  
hermosa mar risueña y cristalina  
que á sus piés cariñosa se reclina.

---

Yo que en mi pecho los recuerdos guardo  
de aquellos dulces venturosos dias,  
yo que en ella nací y humilde bardo  
doy al viento mis rudas armonias,  
en la sed de cantarla siempre ardo  
adorando sus glorias como mias;  
por eso con mi lira en ronco acento  
ora de Astapa la grandeza cuento.

Temida de los pueblos comarcanos  
la famosa ciudad feliz vivia,  
y en su bello recinto cual hermanos  
de Cartago los hijos acojia;  
enemiga sin par de los romanos  
con insólito ardor los combatia,  
y rasgos mil de su rencor profundo  
llevó la fama por el ancho mundo. (2)

Empero Roma se elevó triunfante,  
y ostentando en su frente la aureola  
del alta gloria que alcanzó pujante,  
en la Iberia mandar pretende sola;  
indómita, soberbia y arrogante,  
á su torpe ambicion todo lo inmola;  
doquier imprime su potente huella  
con sangre y destruccion sus triunfos sella.

Y fija ya los avarientos ojos  
allende el mar, donde opulenta brilla  
su temible rival, y en sus enojos,  
ganar ya piensa la anhelada orilla;  
cien pueblos son de su valor despojos,  
todo á su imperio colosal se humilla,  
solo Astapa á morir se apresta brava  
por no gemir en lo futuro esclava.

El fiero Marcio, el vencedor famoso  
de Asdrubal y Magon, es el caudillo  
que á la ciudad rebelde, riguroso  
al fuego entrega y al fatal cuchillo;  
que del Bético suelo asaz hermoso  
no ha de quedar ni mísero castillo,  
donde no luzca la romana enseña  
con la arrogancia de absoluta dueña.

—

Ya ese estandarte que acaricia el viento  
y polvo que á las nubes se levanta,  
y anchuroso uniforme campamento  
vé el astapano, pero no se espanta:  
no, de la trompa el belicoso acento  
enciende su valor, mueve su planta,  
y aunque en la lid de perecer seguro  
reta al romano desde el alto muro.

—

Y esas legiones que doquier triunfarón,  
cuya fama inmortal el mundo llena,  
que las olas del mar no respetaron  
al asaltar la fuerte Cartagena, (3)  
y que en rudas batallas siempre entraron  
con duro corazon y faz serena,  
mudas deponen su insolente brio  
al ver de Astapa el ademan bravo.

¡Cuántas veces el sol en Occidente  
su rutilante disco ha sepultado,  
desde que Marcio con su brava gente  
ese pueblo sin par tiene sitiado!  
Mas nadie espera que el caudillo intente  
los muros escalar; tan asombrado  
al ejército tiene la siniestra  
rábida cruel que el astapano muestra.

¡Rábida feroz! Cuando la noche umbria  
tiende su triste misterioso velo,  
llevado de su insólita osadía  
y de venganza por el crudo anhelo,  
cual ligero reptil, sin luz ni guía,  
se arrastra silencioso por el suelo,  
y en la romana tienda penetrando  
gózase en sangre su puñal bañando.

Mas ah! ¿qué importa que en su pecho guarde  
tanta firmeza y heroísmo tanto,  
si encerrado en su muros, cual cobarde  
perdió de libertad el dulce encanto?  
que rendirse tendrá temprano ó tarde,  
é implorar el perdón con débil llanto,  
acatando con misera amargura  
del vencedor tirano la ley dura.

Empero no; de Astapa la entereza  
no se amengua jamás: en grupos vários  
ya sus héroes discuten con viveza  
el modo de humillar á sus contrarios;  
y brilla en sus discursos su grandeza  
encomiando proyectos temerarios,  
hasta que de un anciano distinguido  
la voz escuchan con atento oído.

—  
«Es inútil pensar en la defensa;  
—les dice con fervor el noble anciano—  
mas ¿quién cobarde prosternarse piensa  
á las miseras plantas del romano?  
¿hay quien se arredre al contemplar la inmensa  
hueste que Marcio nos presenta ufano?  
si invencible se ostenta el enemigo  
venid á perecer juntos conmigo.

—  
Indómito el romano en su conquista  
fiero rencor á su pujanza aduna,  
y tendrá la ciudad que le resista  
de Iliturgis la tétrica fortuna;  
Astapa siempre apareció á su vista  
enemiga sangrienta cual ninguna,  
¿qué podeis esperar si su venganza  
torpe y cruel al inocente alcanza?

Sus eternos rivales hemos sido,  
él nuestro encono vió año tras año,  
y el perdon en su lábio fermentido  
solo seria miserable engaño:  
nunca humano será, dando al olvido  
el que le hicimos renombrado daño,  
solo nos resta de fiera llenos  
morir en la contienda como buenos.

Mas antes de salir á la refriega  
de joyas y de leños alta pira  
hagamos todos, y si al muro llega  
nuestro contrario que al botin aspira,  
cenizas halle solo, y que su ciega  
execrable ambicion se trueque en ira,  
viendo en vez de tesoros y placeres  
cadáveres de niños y mujeres.

Todos perezcan, si: no esclavizados  
nuestros deudos aumenten la ufania  
del vencedor, y que jamás preciados  
objetos halle en su codicia impía:  
jóvenes en las lides bien probados  
realicen este plan con osadía,  
avivando el voraz fiero elemento  
sordos al triste general lamento.

Ilustres y valientes astapanos,  
el mundo entero con asombro vea  
cómo los indomables turdetanos  
saben morir en desigual pelea; (4)  
y cómo sin temor sus propias manos  
saben llevar enrojecida tea  
á sus hogares, si por suerte aciaga  
fuerza mayor su independenciamaga.

—

Juremos por los dioses inmortales  
yerma dejar nuestra ciudad querida,  
antes que ver gozar á esos chacales  
devorando su presa apetecida;  
si hoy los hados se muestran tan fatales  
que nuestra libertad vemos perdida,  
el fuego airado con presteza suma  
riqueza y vida en su furor consuma.»

—

Dice: y cual suele el bramador torrente  
de la fragosa sierra despeñado,  
inundar la campiña de repente  
su caudal repartiendo acelerado;  
asi la brava, enardecida gente,  
el sañoso discurso ya acabado,  
jurando hacer lo que el anciano pide  
rápida por las calles se divide.

¿Dónde astapanos os conduce el ciego  
despecho singular que hoy os devora?  
¿vais á entregar al iracundo fuego  
cuanto el sensible corazon adora?  
¿no de la madre atenderéis el ruego,  
ni al tierno infante que en sus brazos llera?  
¿inmolareis en vuestro afan insano  
la casta virgen y el doliente anciano?

—

¡Oh, sí! lo hareis: vuestra altivez lo pide,  
esa altivez que en vuestros pechos arde,  
que nunca, nunca los peligros mide,  
de ciega abnegacion haciendo alarde;  
y esa noble altivez es la que impide  
que el alta frente doblegueis cobarde,  
ella os hace buscar por mejor suerte  
en vivas llamas horrorosa muerte.

—

Todos hacinan con tenaz porfia  
de plata y oro prodigiosa suma,  
ricas telas, brillante pedreria  
para que en breve el fuego las consuma:  
vá un niño aquí con cándida alegria,  
allá un anciano á quien el peso abruma,  
quien maderos corduce, y quien tropieza  
al llevar aturdido su riqueza.

¡Entusiasmo sublime! ¡Cuadro hermoso,  
que el mágico heroísmo representa  
de un pueblo que á morir corre afanoso  
por no sufrir ignominiosa afrenta!  
llenos de noble ardor, y sin reposo,  
la hacina cada cual rápido aumenta,  
juntos dejando en su gigante em peño  
la rica joya con el tosco leño.

—

Mas ved cuán imponente se levanta  
el confuso monton para la hoguera,  
su horrible aspecto que á la mente espanta  
anuncia el triunfo de la muerte fiera:  
de esos valientes la impaciencia es tanta  
que órdenes nadie dá ni las espera,  
y están, breves instantes trascurridos,  
todos armados ya, todos reunidos.

—

Ganosos de lidiar, llenos de saña,  
saña terrible que al furor despierta,  
súbito abriendo con silencio y maña  
de la triste ciudad la férrea puerta,  
se lanzan en tropel á la campaña  
donde el romano sin estar alerta,  
del temerario avance no advertido  
paga con sangre su fatal descuido.

Trábase en breve general combate,  
várias cohortes presurosas llegan,  
mas del hispano al furibundo embate  
á ventajoso sitio se replegan:  
su indomable valor ora se abate  
ante contrarios que de rábia ciegan,  
que por flancos y frente las hostigan  
y á pelear furiosos las obligan.

Vibra en el aire el fulminante acero  
que rápido los miembros despedaza,  
y de la ruda lanza al choque fiero  
salta en pedazos la marcial coraza;  
flechas arroja el adiestrado arquero,  
récios venablos el pavés rechaza,  
y el fiel troton á quien la espuela incita  
en la lucha feral se precipita.

Crece el encono y el estruendo crece;  
por los cercanos montes repetido  
el eco fugitivo desaparece,  
remedando fatídico gemido:  
mas ya con lentitud se desvanece  
la inmensa polvareda, cesa el ruido,  
y pasmados de horror miran los ojos  
de la ruda batalla los despojos.

Picas, saetas, cascos y broqueles,  
y cadáveres mil, y mil heridos  
que con ánsias agítanse crueles  
yacen por la llanura desparecidos;  
véñse correr cansando sus corceles  
por zanjas y malezas los vencidos,  
y perseguirlos de su triunfo ufanos  
los siempre valerosos astapanos.

---

¡Oh de la dulce independencia hermosa  
sentimiento purísimo! tú has dado  
al íbero con mágia prodigiosa  
su poderoso ímpetu esforzado:  
por tí en lucha tenaz, lucha espantosa,  
de aguerridas cohortes ha triunfado,  
y en el ardor febril que su alma ofusca  
nuevos laureles anhelante busca.

---

Mas ¿dónde, dónde delirante vuela?  
¿dónde le lleva su indomable brio?  
en su noble entusiasmo ¿no recela  
del furibundo Marcio lazo impío?  
¡Ah! que el caudillo con sagaz cautela  
en medio á sus legiones y sombrío  
le espera, en su pericia confiando,  
y de envolverlo sin cesar cuidando.

Nada al hispano en su furor aterra,  
todo lo arrostra en su fiera loca,  
y pronto, audaz, con las legiones cierra  
al par que el génio de su pátria invoca:  
cien enemigos ya tiende por tierra,  
y ya el romano en círculo coloca  
su formidable hueste, del contrario  
á favor del arrojo temerario.

Como la fiera que rabiosa ruje  
por diestros cazadores acosada,  
y redoblando su tremendo empuje  
se dispone á morir desesperada;  
muestra las garras y los dientes cruje,  
fuego lanzando su fatal mirada,  
y hiere y mata con furor violento  
hasta exhalar el postrimer aliento.

Asi los animosos astapanos  
contra el cerco terríficos se lanzan,  
y rápidos destrozan los cercanos  
rudos guerreros que en su fúria alcanzan:  
empero sus esfuerzos son ya vanos,  
las enemigas picas que se alzan,  
forman espesos bosques dilatados  
donde quedan en breve sepultados. (5)

Atónito y confuso Marcio mira  
el estrago fatal que en sus legiones  
hizo la ardiente tremebunda ira  
de esos ya muertos ínclitos varones:  
y ese denuedo que el caudillo admira,  
ese valor de indómitos leones,  
rodeado de horror ora le espera  
de la infausta ciudad cabe la hoguera.

—

Cual la gigante enrojecida llama  
que el Etna bramador levanta al cielo,  
cuando su lava súbito derrama  
y hace furente retemblar el suelo;  
asi fuego voraz que el viento inflama  
y envuelto de humo en denegrado velo,  
sobre Astapa terrífico aparece  
difundiendo el horror al par que crece.

—

En alas de la sórdida avaricia,  
las triunfantes legiones ráudas vuelan,  
por saciar presurosas su codicia  
con el rico botin que tanto anhelan;  
mas no la suerte les será propicia,  
los tesoros que ha tiempo las desvelan,  
el hado adverso con rigor convierte  
en sangre y destruccion, en luto y muerte.

Sobre la ardiente y anchurosa pira  
sonríe con placer la muerte insana,  
y el aire que en Astapa se respira  
fluye ya infecto por la quema humana:  
triste el romano y abatido mira  
deshecha su ilusión; cual tigre hircana  
que perderse del bosque en la espesura  
mira la presa que juzgó segura.

—

¡Cuánto estrago, dolor y hondo lamento!  
con sus gestos revela el moribundo  
el espantoso sin igual tormento  
que padece en el fuego tremebundo:  
si alguno de la hoguera quedó exento  
en su pecho el puñal hundió iracundo,  
y se retuerce, y por la horrenda herida  
lenta se exhala la enojosa vida.

—

Lleno de admiración Marcio valiente  
á sus guerreros desolar prohíbe  
las moradas que honró tan brava gente: (6)  
y ese homenaje que al morir recibe  
la valerosa Astapa, es elocuente  
padrón glorioso, dó eterno se exhibe  
su amor de liberto noble y profundo,  
noble y ardiente amor que aplaude el mundo.

Mas cese la cancion que en ardecida  
ora entona mi voz en su rudeza,  
y ostente España de entusiasmo henchida  
de su pasado la sin par grandeza;  
recobre en medio de su inquieta vida  
su empuje colosal y su fiereza,  
recordando el valor y la constancia  
de Astapa, de Sagunto y de Numancia.



## NOTAS.

---

(1) «Astapa, ciudad populosa, á lo que se puede bien creer, no era la misma que ahora llamamos Estepa, sino otro sitio despoblado, que parece á dos leguas mas abajo cerca del rio Genil.»—Amb. de Morales, Crónica general.—Lib. iv cap. xxviii.

(2) «La ciudad de Astapa siempre habia sido del partido de los Cartagineses; pero esto no hubiera ofendido tanto á los romanos como la odiosidad que les mostraba fuera de los lances de la guerra.»—Tito Livio, lib. 28 cap. 22.

(3) «Advirtió Scipion que las murallas de Carthagonova eran mas bajas por el sitio que estaban bañadas por las aguas que diariamente subian y volvian á descender. En la marea alta llegaban al pecho y en la bajamar apenas á media pierna. Luego que se cercioró de ello preguntando sobre el particular y antes que ascendiesen empezó á discurrir por todas partes diciendo en voz alta ¡ahora es la ocasion, puesto que Dios viene en mi ayuda! acometamos esa parte de las murallas que el mar nos deja, disponed las escalas, yo iré delante! Diciendo esto agarró una y atravesó el primero por el estero empezando á subir por ella antes que ningun otro intentase hacerlo; pero rodeándolo sus soldados lo detuvieron y acercando numerosas escalas se esfuerzan por trepar al muro. Ya entonces por todas partes acometiendo con ímpetu y clamoreo los romanos iban sacando ventaja en medio de gran mortandad de unos y otros, llegando á ocupar algunas torres á las que mandó Scipion cornetas y trompeteros previniéndoles que con sus toques escitasen á los suyos, formando el mismo estrépito que si la ciudad hubiera sido tomada. Entré tanto y mientras muchos corriendo de acá para allá llevaban el terror y el tumulto por todas partes, otros bajando de las mura-

llas á la ciudad forzaron una de las puertas y dieron entrada á Scipion y á su ejército.»—Appiano. De rebus hispaniensibus cap. 21 y 22.

(4) «Del nombre del rio que la atraviesa se ha llamado esta region Bética y tambien Turdetania, del nombre de una de las poblaciones que la habitan. Estas poblaciones son dos, la de los Turdetanos y la de los Túrdulos. Segun algunos, estos dos nombres siempre han designado un solo y mismo pueblo, y segun otros, pueblos diferentes. En todo caso, hoy ha desaparecido toda diferencia entre dichos pueblos.»—Strabon, Geografía lib. 3 cap. 156.

(5) «Empeñóse la batalla mas impetuosa que ordenada; arrollada la caballeria romana que fué la primera en hacer frente al enemigo, introdujo el terror entre la infanteria ligera y hubiérase llegado combatiendo hasta las mismas trincheras si el grueso de las legiones no se hubiera presentado en ordenada formacion en brevísimo tiempo. Y aun asi hubo un momento de desórden cabe las enseñas causado por el ciego furor con que audaces acometieran los astapenses sin cuidarse de los aceros enemigos ni de las heridas que recibian. Pero pronto los veteranos oponiendo su reposado aplomo al temerario ardor de sus contrarios, con la muerte de los primeros contuvieron á los que le seguian. Poco despues habiendo intentado avanzar y observando que el enemigo no retrocedia, obstinado en morir cada uno en su puesto, los legionarios abrieron sus filas, evolucion tanto mas fácil cuanto era mayor el número de soldados, habiendo envuelto las alas de los enemigos y combatiéndolos cercados por todas partes hasta que murió el último de ellos.»—Tito Livio lib. 28 cap. 22.

(6) «Marcio admirado del valor de los astapenses mandó á sus soldados que se abstuvieran de destruir la ciudad.»—Appiano. De rebus hispaniensibus cap. 33.

# EL INCENDIO DE ASTAPA,

*premiada con el accésit,*

OBRA DE LA SEÑORITA

DOÑA ISABEL CHAIX MARTINEZ.

---

Aun vive tu memoria, vive y late  
el corazon al recordar tu historia:  
vencedora del mundo te levantas  
fecha de luto, mas al par de gloria.

(JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA).

Teñido de sangrientos arreboles,  
el rojo sol en Occidente brilla,  
y alumbra con sus rayos postrimeros  
una ciudad tan noble como altiva.

Las águilas romanas la rodean,  
orgullosas de fáciles conquistas;  
ansiendo destrozar entre sus garras  
la perla de la hermosa Andalucía.

¿Quién sueña resistir á los que llevan  
esclava la victoria entre sus filas?  
¿Cómo Astapa se atreve á luchar sola  
y al nombre de Scipion no se intimida?

Destrozados sus muros y taladas  
sus hermosas y fértiles campiñas,  
aun resisten sus hijos las legiones  
que pocos en el mundo resistían.

Espectros de dolor, vagan mirando  
con tristes ojos la ciudad querida;  
y al par la estraña y enemiga hueste  
con saña horrible y con desprecio miran.

Cortados de sus fuentes los raudales,  
ardiente sed al pueblo martiriza  
y el hambre con tormentos insufribles,  
víctimas numerosas sacrifica.

Como sombras terribles y dolientes,  
vagan entre los muros en ruinas,  
la tierna vírgen, la amorosa madre  
que al débil niño en su regazo abriga.

¡Desdichada muger! cómo á los lábios  
del moribundo infante el seno aplica;  
agotado raudal de su esperanza,  
para la pobre flor que se marchita.

¡Ay! si pudiera dar su vida entera,  
por dilatar un punto aquella vida!  
¡Con qué amargo placer, con qué delirio  
á la muerte cruel se entregaría!

Cuando pasan los grupos de guerreros,  
al lado de las pobres afligidas,  
muchas ardientes lágrimas resbalan  
quemando coma lava las mejillas.

Y ellas al verles con delirio ciego,  
los brazos alzan y animosas gritan:

¡Matadnos por piedad! antes la muerte,  
que oprobio de romana tiranía!!

¡Triste y fiel aliada de Cartago,  
que no serás de nadie socorrida,  
mientras mueres contempla tu enemigo  
impasible y tranquilo tu agonía!

.....  
Entre velos de luto ya la noche  
de los montes desciende á la campiña,  
y cubre con sus sombras de tristeza  
de la ciudad el postrimero día.

Vetulio, el noble y valeroso gefe,  
junta su escasa hueste decidida,  
y cual otras mil veces al combate  
se lanza con ardor y ciega ira.

Las protectoras sombras favorecen  
algun tiempo su bélica energía;  
mas por la vez primera los romanos  
salen de sus trincheras defendidas.

Avanzan en buen orden de batalla;  
en sangrienta, mortal carnicería,  
se confunden luchando, y de mil modos  
á las escasas fuerzas aniquilan.

Al escaso fulgor velado y turbio  
por vaporosa cálida neblina,  
se chocan las espadas y se encienden  
doquier brillantes y ligeras chispas.

¡Desdichada ciudad! ¡la noble sangre  
de tus hijos inunda la campiña,  
y es de la libertad fecundo riego,

que hace crecer su planta bendecida!

Cercados por doquiera los de Astapa  
por un supremo esfuerzo de osadía,  
logran reunir la destrozada hueste  
y á la ciudad amada se retiran.

Yá llegan á los muros, ya detienen  
su lenta marcha y con la frente altiva,  
al enemigo que les va siguiendo  
valientes retan, desdeñosos miran.

Tambien los sitiadores se detienen  
para rehacer sus destrozadas filas,  
y un gefe se adelanta hacia Vetulio,  
mostrando el ramo de sagrada oliva.

—«Guerreros, dice, la victoria es nuestra;  
los Scipiones hasta tí me envían,  
rendirse á la merced de los Romanos  
ó morir es la sola alternativa.»

Vetulio mira á los soldados suyos  
débiles por el hambre y las heridas;  
y dominando su dolor supremo,  
así responde con la faz tranquila:

—«Antes que abandonar este recinto  
queremos por sepulcro sus ruinas:  
libres nacimos, moriremos libres  
sin yugo de estrangera tiranía.»

¿Cómo pintar el estupor y el ódio  
que estas palabras al romano inspiran?  
¿Cómo volver al campo con respuesta  
tan osada á la vez que tan altiva?

• Ciego por el furor arroja el ramo

emblema falso de la paz mentida,  
y un pico de su clámide purpúrea  
con traidora intencion al aire agita.

Pero mientras Vetulio desolado  
con vengadora espada le castiga  
los romanos se arrojan hácia Astapa:  
la seña del traidor ha sido vista.

.....

Como olvidada lámpara que vela  
al pié de los sepulcros encendida,  
á través de neblinas vaporosas  
la blanca luna en el espacio brilla.

Los terribles rumores del combate  
por extraño silencio se dominan,  
que ni á turbar se atreven murmurando  
entre los bosques las aladas brisas.  
¡Ultimas horas del valiente pueblo,  
cómo llenais al par el alma mia,  
del amargo dolor y noble orgullo  
que vuestro heróico proceder inspira!;

Las coronas de flores de la gloria  
ocultan del martirio las espinas;  
laureles que de sangre tienen riego,  
el polvo de los siglos no marchita!

Yá llegan los romanos, ya la lucha  
vá de nuevo á empezar, cuando rojiza  
fúnebre claridad brilla potente  
y amigos y enemigos ilumina.

Inmóviles y mudos la contemplan  
mientras la roja luz el aire aviva,

y se escuchan rumores espantosos  
y gritos de dolor y de agonía.

De pronto rasgan el sudario negro  
del humo denso brilladoras chispas,  
flamígeros penachos que se elevan  
por cima de las torres destruidas.

¡Qué espectáculo, oh Dios! entre las sombras  
volcan abrasador Astapa brilla,  
mas bella con su túnica de llamas  
que fuera con sus triunfos ningún día.

Los palacios, los templos, los jardines  
mansiones del amor y las delicias,  
despojos del incendio pavoroso  
con estruendo terrible se derriban.

Tras del velo sangriento de las llamas  
una soberbia plaza se divisa  
dó se levanta destructora hoguera  
de santa libertad ardiente pira.

Para burlar del opresor tirano  
el anhelo feroz y la avaricia,  
allí joyas y galas y primores  
se arrojan con desden y ciega ira.

Y al par de sus tesoros y riquezas  
despreciando coléricos sus vidas,  
los niños, las mugeres, los ancianos,  
en la hoguera voraz se precipitan.

Ardiendo de furor los opresores  
en torno de su presa ansiosos giran,  
y crece más su rábía contemplando  
no pueden conservar la ni rendirla.

Quieren luchar, y cual fugaces sombras,  
de atroz delirio caprichosas hijas,  
se pierden sus contrarios, solo hallan  
do quier desolacion, fuego y ruinas.

Los guerreros de Astapa uno por uno  
en la hoguera fatal rinden sus vidas,  
Roma triunfó: mas no halla ni un esclavo  
que sus grandezas y victorias diga.

De pronto ven alzarse junto al fuego  
una forma que débil é indecisa  
apenas se sostiene porque lleva  
en el cuerpo y el alma mil heridas.

Es el valiente, el infeliz Vetulio,  
que con noble ademan y faz tranquila,  
su espada arroja en la candente hoguera  
y por última vez al cielo mira.

Tiende adelante sus desnudos brazos  
en señal de postrera despedida  
á su adorada pátria y con voz ronca  
á sus contrarios animoso grita.

—«Antes que abandonar este recinto  
tomamos por sepulcro sus ruinas:  
libres nacimos y morimos libres  
sin yugo de estrangera tirania.

Y seguro de ser el postrer hijo  
de la valiente Astapa que respira  
en la sangrienta hoguera desaparece;  
gloria de España, del romano envidia!

.....  
¡Manes sagrados de animosos pechos!

¡Sombras desventuradas y queridas,  
espejos de las glorias españolas,  
ejemplos del honor y la hidalguía!

Cuando se cubren de aromadas flores  
los valles de esa tierra bendecida,  
vuestras almas les prestan sus perfumes  
que santo amor de libertad inspiran!

¡Cómo al par de Numancia y de Sagunto  
son de Astapa gloriosas las cenizas,  
y es la vertida sangre de sus hijos  
de noble libertad rica semilla!

¡Y tú, pueblo español, que la veneras  
y sus glorias ensalzas este día;  
¿por qué á la vez desgarras tus entrañas  
en deshonrosa lucha fratricida?

¿Dónde están tus jornadas de Clavijo,  
de las Navas, Lepanto y de Pavia,  
y de Bailen, dó el águila francesa  
del leon español acometida,  
huyó, dejando solo de sus alas  
las rotas plumas que llevó la brisa?

Basta de lucha ya: ¿no sois hermanos?  
¿á qué asolar la pátria entristecida?  
esta pátria infeliz que acaso pronto  
de sus valientes hijos necesita?

Unidos sereis fuertes, desunidos  
perdida en alta mar frágil barquilla;  
juguetes de bastardas ambiciones,  
esclavos miserables de perfidias.

De la anhelada paz brille la aurora,

de noble libertad la luz divina,  
y siempre unidos en fraternos lazos  
formad de nuestra España una familia.

Y si pretende audaz un extranjero  
imponerte su odiosa tiranía,  
¡Pueblo del dos de Mayo! ¡álzate y lucha  
unido, que la union nunca es vencida!

¡Astapa te contempla, sus recuerdos  
de glorias y á la vez de ejemplos sirvan:  
mejor que ser esclavo deshonrado  
sepúltate con honra entre cenizas!!

Mayo 15 de 1873.





